

Selección

TERROR

FRANK CAUDETT

MADAME GUILLOTIN

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

427 — Una oración por Abigail, *Curtis Garland*.
428 — Una bala de plata pura, *Clark Carrados*.
429 — Caza de monstruos, *Adam Surray*.
430 — La Venus de los cuernos de la luna, *Ralph Barby*.
431 — Noches de amor eterno, *Lou Carrigan*.

FRANK CAUDETT

MADAME GUILLOTIN

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 432
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.392 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

PROLOGO

El terror no conoce país específico, tierra natal, ni solar materno en donde haya visto la luz por primera vez; el terror es apátrida. No sabe, además, discriminar entre los hombres sea cual sea su religión, credo político, status social, raza o color de su piel.

El terror es algo etéreo, algo que nunca hemos llegado a palpar con la yema de los dedos. Algo que al sentirlo tan cerca y tan dentro de nosotros nos ha hecho estremecer, nos ha movido al impulso de sacudidas epilépticas, ha obligado a nuestras gargantas a proferir gritos, alaridos o aullidos infranaturales...

El terror ha invadido todas las comarcas, todos los hogares, todas las profesiones y ha viajado por los confines del mundo entero... y lo más terrorífico de él, valga la redundancia y la paradoja, es que nunca hemos podido verle. Jamás hemos sabido si estaba delante, detrás, a la derecha o la izquierda..., nos hemos limitado a experimentarle sin tan siquiera una brújula que nos orientase hacia él.

Hay muchas formas y maneras, momentos y circunstancias, de experimentar terror..., pero te garantizo que cualquiera de ellas es sencillamente espeluznante.

¿Por qué sentimos terror cuando la aviación enemiga va a iniciar un bombardeo?

¿Por qué el condenado a muerte siente terror cuando ve acercarse al verdugo que va a ejecutar en su persona la pena capital?

¿Por qué un ser humano experimenta terror ante otro que por cualquier causa le está encañonando con una pistola?

¿Por qué nos acomete un vivísimo terror al suponer, al pensar, al imaginar... que un muerto puede volver de su tumba y presentarse ante nosotros plácidamente?

Quizá este último sea el medio de vivir y experimentar un terror más puro y concentrado.

Y a veces, el terror sentido por esa causa, sea producto de pensamientos horrendos, sea un deseo patético y acentuado de morir, de abandonar la existencia para no seguir sufriendo un terror tan horrible y lacerante.

Y de este terror vamos a hablar, si...

Te prometo que hoy vas a pasarlo de lo más horrible que imaginarte puedas.

Juntos tú y yo, cogidos de esa mano imaginaria que nos une, de esa mano que se llama letras, papel impreso, vamos a introducirnos en la vida y la mente de dos mujeres horriblemente torturadas..., de dos mujeres unidas por el espectral vínculo de la guillotina, de dos mujeres a las que han llamado brujas..., de dos mujeres que aman y odian al mismo tiempo, que quieren morir y dar muerte..., de dos mujeres cuya vida no ha sido más que una

vorágine en la que, como un torbellino de rabia, se han sucedido escenas terribles, extrañas, diabólicas...

De dos mujeres que... han jurado volver desde el más allá.

PRIMERA PARTE
LA LEYENDA

El santo, se «hace» santo; el diablo se «hace» diablo. El cobarde elige su cobardía, como el héroe su coraje. Nosotros somos nuestros actos... El infierno, son los demás.

JEAN-PAUL SARTRE

CAPITULO PRIMERO

Evanston, Illinois, año 1883

En 1854, los negociantes de Chicago habían fundado la ciudad en la estafeta de Grosse Point que fuera establecida en 1826 en un puerto natural formado por un alto escarpado. La colonia fue rebautizada en honor de John Evans, antiguo ciudadano y uno de los fundadores de la Universidad de Northwestern, inaugurada en 1855.

Varias familias ilustres y poderosas —lo primero un tanto dudoso, lo segundo fehaciente por obra y gracia de sus caudales económicos—, procedentes en su mayor parte de Chicago, se establecieron en el lugar que por esa razón y por su rango universitario fue tomando nombre y auge, hasta adquirir en una zona determinada de su geografía matices residenciales.

De entre aquellas familias destacó de inmediato, por merecimientos propios..., de los propios fajos de billetes que almacenaban en sus arcas, la de los Morgan. Richard Morgan, el pionero de la saga, el patriarca, sentó en Evanston sus reales y fundó el primer banco de la localidad dándole el nombre de NATIONAL BANK EVANSTON.

Edward Rogers, un periodista al que no se le había dado demasiado bien el oficio en los más importantes rotativos de Chicago, se refugió en Evanston donde dio a luz la primera publicación impresa del lugar bajo el apelativo de HERALD EVANSTON.

Pero para que aquel Carrousel se mantuviese, para que aquella noria girase debidamente, hacía falta la mano de obra, los pobres y sacrificados obreros quienes, ¿cómo no?, fueron llegando e instalándose —mal instalándose o instalándose como podían— en aquel nuevo poblado que, para algunos, alimentaba la posibilidad —¡vanas ilusiones!— de convertirse en el paraíso de la fortuna.

Evanston fue creciendo paso a paso, sí.

Gracias al dinero de los poderosos y al esfuerzo, trabajo y sacrificio de los más humildes.

Fueron pasando los años, también.

Y por tener de todo, Evanston tuvo también una leyenda.

Una leyenda de brujas, sí...

Que nació alrededor de 1883.

Precisamente el año en que vino al mundo Faye Barton.

CAPITULO II

Una leyenda de brujas, sí...

La faz de una mujer puede ser a veces algo horrible, satánico, puede ser un verdadero engendro diabólico lleno de horror y rictus mefistofélicos.

Puede ser algo fantasmal, horrísono.

Suele haber hermosura, atractivo y sensualidad, belleza, en un rostro femenino. El amor y la pasión pueden brillar encendidamente en el fondo de unos ojos maravillosos, de color verde, azul o ámbar. El deseo puede estar latente en la carnosidad fruta! de unos labios rojos como la sangre, ansiosos de ofrecer el dulce sabor, la miel, que destila su húmedo contacto.

Mas, el rostro de una mujer, que puede ser todo eso para volver locos a los hombres..., puede ser también la reencarnación de Satán. El diablo puede esconderse tras la sutil belleza y fragilidad de una carita femenina.

Pero en ocasiones, en lugar de esconderse, aflora, se asoma con toda su espectacular gama horrenda y espectral a unas facciones femeninas.

Este era, desgraciadamente para ella, el caso de Faye Barton.

Porque desde que Evanston fuese fundado, no nació criatura tan repulsiva y espeluznante como aquélla.

Su carita diminuta estaba retorcida, tenía unos ojos deformes, desproporcionados, llenos de un jugo rojizo como la sangre cuya viscosidad le enturbiaba las pupilas; en lugar de nariz tenía un par de horrendos orificios, a modo de fosas nasales, que parecían hechos a base de horadar en su arrugada piel con la punta de unas agudísimas tijeras; su boca ofrecía una expresión sardónica, espectral, semicurva, con unos labios rehinchados, de intensa tonalidad violácea.

Faye Barton puede decirse que nació con Satanás, no oculto, sino trágicamente asomado a sus facciones demenciales.

Su madre, una mujer de la peor condición que no creía en nada..., en nada que no fuesen los billetes impresos con la tinta de la Casa de la Moneda, billetes que había obtenido —en pequeñas dosis— aplicándose al «noble» arte de planchar colchones en varios prostíbulos de Chicago de los que había sido despachada porque sus escasos atributos físicos no despertaban lo suficiente la libidinosidad de los clientes —lo que no la hacía rentables a los intereses económicos de la celestina, patrona o alcahueta del lugar— hecho este que la había obligado a convertirse en una buscona de esquinas y compañera de farolas, ofreciendo lo poco y ajado que tenía, lo mustio y marchito, los pellejos, por cuatro cuartos y a cambio de los más sucios y procaces números de alcoba...

Su madre, decíamos, que cuando quedó embarazada de Faye decidió largarse a Evanston con la idea de iniciar una nueva vida, honesta si podía ser y si ella era capaz de trabajar y no sentirse atraída por los dólares fáciles que se obtenían debajo de un tipo macilento y sudoroso que pedía marranadas a

manta...

Su madre, que dijo que era viuda y que se llamaba Carolyne Goohan, al contemplar lo que había sido capaz de traer al mundo pensó, tras caer de rodillas con las manos entrelazadas y los ojos anegadas en lágrimas y fijos en el cielo, que se trataba de un castigo de Dios por la vida sucia y ruin que había llevado hasta entonces.

Y se convirtió en la más furibunda y radical de las creyentes. ¡Vivir para ver!

Cada mañana efectuaba peregrinación a una ermita situada al norte de Evanston, al otro lado de las colinas, realizando la última parte del trayecto de rodillas o arrastrándose por tierra como una culebra, rogando y suplicando al milagroso San Judas Tadeo, que allí se veneraba, con el mayor de los fervores, que intercediese ante Dios para que El se apiadase de la horrible fealdad de su hija..., que se apiadara y le diese versión humana al amasijo espectral que Faye tenía por rostro.

Pero las plegarias de tan contumaz pecadora no podían llegar al cielo con facilidad.

La gente, entretanto, empezó a murmurar y la leyenda fue tomando solidez y cuerpo, veracidad, en las mentes calenturientas y morbosas del populacho. Y llegaron a decir que si Dios no se apiadaba de Faye pese a las continuas y reiteradas súplicas de su pobre madre —¡su pobre madre!— era porque la criatura estaba maldita, porque era un soplo de Satán sobre una figura de barro.

Y Carolyne, pecadora empedernida hasta entonces, se rindió a la evidencia para acabar admitiendo el terrible castigo, la maldición diabólica que había recibido a través de su hija.

Cansada, fatigada y hastiada ya, rendida y exhausta de tanto peregrinar, comprendió que el cielo no podía perdonar de buenas a primeras su interminable rosario de pecados, su anterior vida entregada a la lasciva y procacidad comercial: en una palabra, que no se podía haber sido tan puta y luego andar pidiéndole favores a Dios.

Avergonzada e incluso atemorizada del aspecto cada vez más espectral que ofrecía el rostro de Faye conforme ésta iba creciendo hizo desaparecer todos los espejos y cualquier objeto que pudiera devolver a la muchacha su repugnante imagen —decidió encerrarla en el lóbrego sótano de la casucha donde habitaban, sótano que rezumaba oscuridad y sabor herrumbroso, y al que desde entonces sólo se acercaba para llevarle unos platos de comida diarios.

Faye la miraba con sus ojos sanguinolentos, con aquellas pulpas rojizas en las que parecía vivir y danzar la siniestra caricatura de Satán, inquiriendo:

—¿De veras soy muy fea, madre?

¡La duda ofendía!

A Carolyne se le formaba un nudo en la garganta. Su hija le inspiraba pánico y piedad al mismo tiempo.

—No... —Respondía con un trémulo hilo de voz—, no, hija mía. Es... es que estás enferma, ¿sabes? Pero te curarás. Te curarás, sí. Yo se lo pido a Dios continuamente y te encomiendo a Él. Anda, no te preocupes por eso y come.

Fue transcurriendo el tiempo.

Pasaron los años...

Y cierto día, cuando Faye contaba dieciséis, logró escapar del sótano donde su madre la había tenido cautiva más de diez,, huyendo hacia las montañas e instalándose en un viejo y deshabitado caserón que se erguía frente a la colina donde se ubicaba el cementerio de Evanston.

Faye paseaba por los bosques y cuantas flores o hierbas rozaba con los dedos se marchitaban y morían, y las setas que por allí abundaban se volvieron venenosas.

Y así...

Hasta aquel atardecer en que halló frente a ella al hombre silencioso de la capa negra, que le hizo señas de que le siguiera y la condujo hasta una cueva.

Una vez en el interior, el enigmático hombrecillo puso en el suelo, formando círculo, cuatro enormes cirios negros que chisporrotearon siniestramente al ser prendidos. Situándose en el centro del círculo, levantó hacia lo alto una copa en la que había preparado una pócima y después la tendió a Faye, diciendo:

—Bebe, bebe..., bebe y el Príncipe de las Tinieblas me escuchará y vendrá sobre ti.

Faye, como hipnotizada, sin poder ni capacidad de reacción, bebió.

Entretanto, el macabro personaje se contorsionaba cual víctima de sacudidas espasmódicas, se retorcía, ensayaba muecas sardónicas y con voz gutural, infrahumana, demoníaca, bramaba:

—¡Belial, Astaroth, Leviatán, Belcebú, venid sobre ella! ¡Tú, oh mi señor, magnífico dueño de la oscuridad, flagelador de las almas, monarca del mal, dueño del dolor, ven sobre ella! ¡Yo te invoco, oh amado Príncipe de las Tinieblas! ¡Ella se te entrega, es tuya por el correr de los siglos y el inmenso espacio del universo! ¡Se somete de por siempre a los designios de tu poder! ¡VEN SOBRE ELLA!

Faye, que seguía como en trance, volvió a la realidad, confusa y sobresaltada, cuando el oscuro y misterioso personaje se volatizó en el aire, se esfumó como el fuego fatuo, dejándola en aquella cueva de espesas tinieblas.

Sola con las tinieblas.

Porque como él... los negros cirios habían desaparecido y en la mano de Faye no existía ni rastro de la copa en la que bebiera el brebaje

Al conseguir escapar de allí, torpes los movimientos al principio, pero corriendo velozmente después a impulsos del terror ancestral que la proyectaba lejos del lugar, regresó a la casa materna de cuyo sótano se había escapado.

Carolyne, al verla, cayó de rodillas y se santiguó por lo menos un centenar

de veces al tiempo que, trémula y atropelladamente, estallaba en oraciones.

Porque... el rostro de Faye estaba rodeado de una extraña y reluciente luminosidad, de un diáfano resplandor, porque sus ojos ya no estaban ensangrentados ni sus labios retorcidos y morados, ni su piel arrugada... y además, tenía una preciosa nariz,

Porque Faye Barton era ahora una bellísima mujer cuya hermosura, brillante, cegadora, diáfana, enloqueció a más de un hombre y desdobló la leyenda haciendo dos de una ya que, las gentes de Evanston, aseguraron que aquel cambio, imposible de admitir humana y lógicamente era, como antes su horrible fealdad, obra del mismísimo Satán.

CAPITULO III

Faye Barton tuvo un hijo.

Un niño.

¡Un niño terrible, horroroso, diabólico, hediondo..., mil veces más espectral y repugnante de lo que fuera ella al nacer!

Pareció volverse loca.

Sus gritos histéricos de madre angustiada y desesperada casi hicieron reventar las paredes de 1a casa hasta que, para tranquilizaría, alguien se llevó al monstruoso engendro de la habitación.

Faye cayó entonces en una pesadilla, en un sueño profundo y atormentando lleno de horribles visiones del averno. Pero reaccionó, de pronto, despertando bruscamente, sobresaltada, al oír el arrastrar de las patas de una silla por la estancia.

Y en la silla, sentado, estaba... el hombre oscuro y sigiloso de la capa negra. Faye le reconoció inmediatamente pese a la terrible tormenta de horrores desencadenada en el interior de su cerebro.

Y al interrogarle acerca del por qué, al preguntarle por qué Se había causado aquel daño brutal, al inquirir qué deseaba de ella ahora, el desconocido, sonriendo diabólicamente, le respondió:

—invoqué a las fuerzas del mal y de las tinieblas para que te concedieran la belleza que ahora tienes. Una belleza inolvidable que no se marchitará jamás. Pero... al precio de darle al mundo un hijo de Satanás. Y tú, hoy, ya no puedes romper el trato.

—¡MALDITO...! ¡MALDITO SEAS MIL VECES! ¡TE ODIO, TE ESCUPO, TE ABORREZCO..., SATANAS DE LOS INFIERNOS!

Pero no la escuchaba porque había desaparecido.

Y Faye permaneció aterrorizada en la cama durante toda la noche, despierta, meditando y torturándose, luchando desesperadamente en busca de algo que le inspirase una solución al terrible y angustioso problema.

De repente, súbitamente, Faye apartó las sábanas con violencia y saltó del lecho con frenética desesperación. Como enfebrecida..., de alegría porque ya sabía lo que hacer.

Como una posesa se fue hacia el espejo —su madre ya los había devuelto a su sitio— colgado de una de las paredes y luego, más serena y calmada, permaneció largo rato mirándose en él.

Recreándose en la reluciente y maravillosa hermosura de su faz.

Inesperadamente salió de su pasividad para precipitarse hacia el cercano costurero y, cerrando los ojos, atrapó unas tijeras que, haciendo acopio de valor y entereza, llevó hacia su rostro con las agudas puntas por delante... clavándolas con saña una y otra vez, perforando aquella piel tersa y fina, rasgándola, desgarrando la carne y los tejidos, produciéndose multitud de heridas, hundiéndolas en los ojos, acribillándose con furor casi homicida.

Después...

Después volvió a mirarse en el espejo.

Para comprobar, desesperadamente horrorizada... que su cara seguía siendo tan bella y radiante como antes de clavarse las tijeras con feroz brutalidad.

Ahora, sí.

Ahora se volvió completamente loca.

Desapareciendo por segunda y definitiva vez.

Regresando al caserón ruinoso, sombrío, siniestro y deshabitado que se alzaba allá en las montañas, en la lejanía, frente a la colina donde se extendía el cementerio.

Para aullar por las noches.

Para proferir maldiciones y bramidos estremecedores.

Para desafiar a los hombres, a la Creación, a Dios y al maldito Satanás.

Estaba loca, sí.

CAPITULO IV

Evanston. Illinois, año 1899

A finales del mil ochocientos la historia ya tenía registrados infinidad de casos de tíos con muy mala leche. Y uno de los que se habían integrado en esa larga lista por merecimientos propios era sin lugar a dudas Louis Moreau.

Moreau había nacido en algún lugar de Francia en el seno de una familia humilde, más que eso, paupérrima. Su padre, un mísero herrero que con dificultades ganaba lo justo para que la familia pudiera calentar las tripas un par de veces al día, oyó, en cierta ocasión, hablar de las Américas, Según el que le había informado, en aquel país, que sin estar entre el Tigris y el Éufrates era un segundo edén, todos eran ricos. Y los que hacían las maletas y se largaban para allá acababan sacando el vientre de penas y con los bolsillos bien calentaos, François Moreau no se lo pensó mucho ni poco, recogió los bártulos y se largó a aquel paraíso con su parienta Dominique y su heredero Louis,

El patriarca de los Moreau pronto se vio sacado de su craso error al comprobar que en las Américas, lo mismo que en cualquier otra parte del mundo, también existían los pobres. Precisamente porque hacía falta que éstos existieran para bien de los ricos y para que los ricos pudiesen vivir bien. Su padre, el abuelo de Louis, hombre de máximas lapidarias, había mantenido siempre la teoría de que era imprescindible que hubiese burros para que los listos pudieran ir montados (¡elemental, mi querido Watson!).

Así François y los suyos, pese a estar en las Américas de Colón, hubieron de incrementar la interminable legión de los trabajadores, aquella legión que no a mucho tardar Marx, Trotsky, Lenin y compañía definirían como proletariado, sin que por eso los proletarios, con revolución incluida —algo parecido les había ocurrido con anterioridad a los Rousseau, Robespierre y Marat, en la Francia versallesca donde María Antonieta dijo que si los pobres no tenían pan que comieran bizcochos—, pudiesen abrir en los bancos saneadas cuentas corrientes como las de los no proletarios.

Demagogias a un lado y a lo que íbamos, los Moreau siguieron siendo míseros, Francois montó con penas y trabajos un taller de herrería y carpintería en Evanston, lugar de aquellas fabulosas y deslumbrantes Américas donde no todos eran ricos —habían recalado en Evanston como hubiesen podido hacerlo en cualquier otro punto del territorio de la Unión, de aquella Unión conseguida por Abraham Lincoln, donde los negros seguían siendo tan discriminados como lo eran antes del movimiento secesionista—, y su hijo Louis creció, creció y creció, con su mala uva característica e innata.

CAPITULO V

Louis Moreau, en 1899, contaba 21 años.

Lleno de malas ideas y sucios propósitos, de bajas pasiones y oleadas de lujuria.

Louis Moreau estaba desesperado por el cuerpo juvenil, cálido y apetitoso de una preciosa muchachita de diecisiete fragantes primaveras que se llamaba Demelza Dunaway.

Demelza era hija de los propietarios de la única posada de Evanston y, junto con su hermana Angie, dos años mayor que ella, se encargaba de servir jarras de cerveza, vasos de vino y whisky, platos de judías, lentejas y demás bazofias que su madre preparaba en una lóbrega cocina por la que campaban a sus anchas moscas, arañas y cucarachas que algunos, los malintencionados de siempre, apuntaban la posibilidad de que la vieja emplease para el condimento de las «especialidades» de la casa.

Pero a Louis, lo de los insectos, cocinados o no, le traía sin cuidado. El sólo estaba preocupado, obsesionado mejor, por la lozanía excitante de Demelza. Se escapaba cuantas veces le era posible de la carpintería, ante la mirada desaprobadora de su progenitor, para meterse en la posada y perseguir a la mujercita por todos los rincones.

Como aquella tarde en que había conseguido acorralarla contra una de las pilastras de madera que sostenían el techo del comedor.

—Me tienes loco, Demelza. Sólo será un ratito, te lo prometo. Estaremos juntos y seremos muy felices. Si unimos nuestros cuerpos obtendremos un extraordinario placer; ¡te lo juro! Me obsesiona tu carne, pequeña. Luego, te prometo que nos casaremos... y tendremos muchos hijos. Hacer hijos es la cosa más deliciosa del mundo.

Así era Louis. Sólo pensaba en marranadas. Porque su forma de enfocar el hecho de tener prole no pasaba de ser una monumental cochinada.

Demelza, que tenía unos ojos grandes, negros y muy hermosos.., que huían atemorizados ante las propuestas lascivas de Louis; Demelza, que encerraba su cuerpo frágil y deseable dentro de un largo vestido marrón muy descotado a través del cual y por la opresión alzante de corsé y sostén asomaban sus senos blancos, firmes, juveniles y pujantes, una de las causas fundamentales de que Louis fuese de cráneo por gozar de ellos y del resto de aquella armoniosa naturaleza...

Demelza, decíamos, miraba con verdadera expresión de asco al que le proponía tener muchos hijos porque, según él, hacerlos era pura delicia.

—Ya le he dicho más de cien veces que no. Me horroriza el pecado..., pero me horroriza mucho más la idea de entregarme a usted. Me repugna. ¡Márchese de una vez y déjeme en paz!

Las facciones de Louis, al escuchar aquellas palabras en los labios húmedos y carnosos de Demelza, se congestionaron hasta adquirir un color

rojizo y chispeante que tenía mucho que ver con el de las brasas del infierno donde se tostaban las almas de los pecadores.

Y no fue capaz de contenerse.

—¡Maldita perra caliente! —Exclamó con rabia—. Te horroriza el pecado, ¿verdad? Te horrorizo mucho más yo, ¿eh? Pero no te horroriza el verte por las noches con ese canijo de Daniel Boujold al que le das apasionadamente todo lo que a mí me niegas, ¿cierto?

Demelza inclinó sus bellos ojos y trató de escapar al encierro en que la mantenían contra la columna, a modo de cárcel, los brazos de Louis.

Eso le dolía al herrero-carpintero. Los encuentros furtivos entre la bella muchacha y su apuesto galán. Porque a los hombres, desde que el mundo era mundo, de lo cual hacía muchos miles de años, les tocaba... la moral, hería profundamente su dignidad de machos y su amor propio de conquistadores, que la hembra de sus apetencias rindiese a otro, con sumisión y sir condiciones, los encantos y placeres que a ellos les negaban.

—Necesito besarte, Demelza. Sólo un beso. Deja que sienta el dulce contacto de la miel de tu boca —insistió, calmándose.

—¡Jamás! Antes me arrancaría los labios. Y si intenta ponerme un dedo encima gritaré hasta que se entere todo Evanston. ¡Apártese de mí para siempre!

Louis la miró con odio concentrado. Con ojos saltones de auténtico demente.

—¡Bruja de todos los infiernos! ¡Estoy convencido de que copulas con Satán!

Y salió disparado de la posada como alma que llevase aquel Satán que acababa de nombrar.

* * *

Satán... Brujas...

En eso pensaba Louis mientras caminaba furioso y cabizbajo, mascullando maldiciones y obscenidades, camino de la herrería.

Brujas, sí...

Recientemente se había dado en Evanston el caso de aquella mujer de aspecto horrible, hediondo, que se había transformado en una hembra de facciones maravillosas. El caso de Faye Barton que unos aceptaban como milagro del cielo, como obra piadosa de Dios que se había compadecido de la tremenda fealdad de la muchacha... y otros atribuían a la intervención maligna del Príncipe de las Tinieblas, al contacto carnal que Faye había mantenido con Satanás entregándole cuerpo, alma, y cuanto se pudiera engendrar en sus entrañas a cambio de poseer una hermosura deslumbrante.

Y Faye, según quienes lo vieran, había tenido un hijo verdaderamente diabólico.

Brujas, Satanás, orgías demoníacas, sabbats...

En todo eso iba pensando Louis Moreau, sí.

Y en las historias que allá en su Francia natal le contaba su abuelo...

En Jean de Nynauld, un campesino que encontró en medio del bosque un lobo que se abalanzó sobre él con el ánimo de devorarlo; el campesino se defendió y logró cortarle la pata delantera. Corrió la sangre y el lobo se transformó de golpe en una mujer que huyó gritando. Todo el mundo pudo advertirlo: la mujer tenía un brazo cortado. El campesino, habiendo regresado al pueblo, la reconoció y denunció. Era una bruja, una maldita bruja que mantenía contacto con Satanás. La mujer fue a parar a la hoguera.

Y aquella otra historia de Christophe Gaufredi, párroco de las Pourriéres, vecino de Beauversas, a quien se le presentó el Diablo en forma humana y sin deformación alguna, manifestándole que se le había aparecido para satisfacerle en todos sus deseos. Gaufredi le pidió que le crease en torno suyo una gran reputación de sabiduría y que, sobre todo, inspirase en mujeres y muchachas un gran amor por él. Lucifer le hizo la promesa por escrito y el pacto fue concluido. Gaufredi inspiró amor a Magdelaine de la Palud, una niña de nueve años, la cual, con pretextos falsamente devotos, fue empujada a entregarse al Demonio. Años más tarde, este compromiso fue sellado con la firma escrita con sangre de la muchacha. Soplando sobre ella le despertó un violento amor hacia él, del cual abusó. Un demonio familiar la acompañaba a todas partes y la conducía al sabbat de Marsella. En él descubrió que el abate Gaufredi ocupaba un lugar de privilegio. El abate «hizo que le imprimiesen en cabeza y cuerpo las marcas diabólicas». La muchacha se había incorporado a la vida religiosa, pero a los diecinueve años fue detenida y confesó. Careada con el abate, afirmó que éste era un hombre de bien y que sus confesiones anteriores eran falsas, pero Gaufredi acabó confesando que Lucifer se le había aparecido haciendo narración de los horrores y abominaciones del sabbat donde Magdelaine había copulado una y cien veces con Satanás y con él mismo. Gaufredi y Magdelaine fueron obligados a arrepentirse de sus pecados y después fueron quemados vivos, arrojándose sus cenizas al viento.

O aquélla otra narración que se refería a las locuras satánicas en las tumbas. Concretamente en el cementerio de San Medardo, donde ante la tumba de un diácono de París se sucedían las escenas más alucinantes. Unos revivían las representaciones de la Pasión en sus capítulos más trágicos; otros cometían locuras increíbles. El desencadenamiento en el cementerio de San Medardo fue espantoso.

La superficie del cementerio y de las calles vecinas se vio invadida por una multitud de muchachas, mujeres e individuos de todas edades, presas de las mayores convulsiones. Aquí, unos hombres tendidos por el suelo se movían como verdaderos epilépticos; más allá, otros se dedicaban a comer tierra, guijarros y hasta cristales y carbones encendidos; unas mujeres se mantenían con la cabeza para abajo, mientras que algunos jóvenes se contorsionaban y pasaban la cabeza entre las piernas. El abate Bécheraud trepaba sobre la tumba del diácono y allí bailaba, se agitaba y realizaba el conocido «salto de

la carpa», mientras los asistentes entraban en éxtasis. La muchedumbre estaba desencadenada practicando todo género de demostraciones y aberraciones sexuales. Satán marcaba el ritmo. El arzobispo ardía en vituperios. Aún se recordaba la célebre inscripción dejada por los fieles expulsados del cementerio de San Medardo: «¡Por orden del rey, se prohíbe a Dios hacer milagros en este lugar!»

Y también la hija del carnicero de Laon en 1566. Nicole Aubry, hija del carnicero de Vervins y casada con un sastre, tuvo una visión, creyendo ver salir de la tumba a su abuelo materno. Cayó en un terrible delirio, presa de terrores inenarrables. Su confesor pensó que el diablo la había visitado bajo la apariencia de su abuelo. A partir de ahí, Nicole vio cómo se aproximaban a la cabecera de su cama numerosos demonios que llevaban sobre sí llamas ardientes que la sofocaban con su olor. Se le aparecieron enormes gatos que saltaron sobre ella, intentando arañarla y morderla. El demonio le declaró su nombre: BELZEBÚ.

Se comenzó una larga serie de oraciones, ayunos y misas. Hubo otros veintinueve gatos-demonios que asaltaron a la desgraciada, «tan grandes como corderos». Los monjes de Laon se quedaron espantados, llevando a la visionaria a casa del propio obispo, que procedió a exorcizarla. Producto de esto fue la expulsión de su cuerpo del demonio Astaroth, que huyó gruñendo bajo la forma de un cerdo. Nicole se salvó milagrosamente de la hoguera.

Cierto que Jean Pierre, abuelo de Louis Moreau, añadía que aquellos relatos no eran más que absurdas fantasías creadas y fomentadas por ciertos clérigos a quienes convenía que la gente viviese bajo el terror que inspiraba el nombre de Satanás para así establecer una clara frontera entre lo demoníaco y lo religioso, lo que obligaba al populacho a creer y aferrarse a la religión para librarse del Príncipe de las Tinieblas. En cuanto a los ricos y poderosos también convenía que la ignorancia del pueblo admitiese la existencia de demonios y brujas porque eso les servía para aumentar la sumisión y el vasallaje y para entretenerse quemando a aquellas desgraciadas a las que se acusaba de estar poseídas, iluminadas o de haber mantenido contactos con Satán.

Louis estaba de acuerdo con su abuelo y lo seguía estando ahora, pero...

Mientras de regreso a la carpintería-herrería había ido rememorando aquellas escalofriantes narraciones del abuelo, su mente túrbida y maligna, sus instintos ruines, su corazón rabioso por la negativa de Demelza a satisfacer sus insanos apetitos carnales, habían ido germinando al compás de los recuerdos la idea de una venganza atroz, de una venganza en la que se regocijaría con la más brutal de las satisfacciones.

Podían ser historias para mentes enfermizas como decía su abuelo, si. Pero a la gente le subyugaban aquella clase de historias, recreaban en ellas ese morbo innato en todo ser humano y acababan creyéndolas a pies juntillas.

¡Ah, Demelza! ¡Maldita endemoniada que se entregaba a otro hombre! ¡Bruja..., sí!

El la convertiría en una bruja. Acabaría con ella. No sería para él, pero tampoco sería para ningún otro..., ¡mucho menos para aquel afeminado de Daniel Boujold!

Su venganza sería terrible, ¡sí! No podría obtener su cuerpo, pero lo destruiría. Louis contaba con el apoyo de amigos tan degenerados y lascivos como él que secundarían con la mayor de las satisfacciones el plan que, rumbo a su casa, desesperado y frenético por las negativas de Demelza, y al conjuro de las espeluznantes historias de su abuelo había ido concibiendo y dando forma en su retorcido y torturado cerebro.

Sí...

Dudley, Ivo, Goldie y Wolfgang, sus amigotes de juergas y orgías sexuales, admitirían con el mayor agrado y complacencia la repulsiva idea que acababa de gestarse en su degenerada cabeza.

También Kim Urie y Alice Kauffman, aquel par de muchachas facilonas de pocos escrúpulos y carnes baratas, que aceptaban cualquier proposición para hacer posturas de cama y que se entregaban con la mayor de las facilidades —Louis estaba harto de saciar en ellas su voracidad sexual y por eso le cansaban y aburrían, todo lo contrario que le sucedía con Demelza que le excitaba más y más a causa de sus reiteradas y constantes negativas—, aceptarían encantadas el participar en la cruel venganza que Louis estaba tramando contra la pobre hija de los posaderos de Evanston por el simple —pero muy importante para él— hecho de no prestarse a sus lascivas peticiones.

¡Ah, Demelza! ¡Hija de Satanás!

—Te mandaré al infierno con Satán, Belcebú, Astaroth y todos los demonios. No has querido ser mía pero tu cuerpo se retorcerá en medio de los más horribles sufrimientos.

Había llegado a la herrería.

Y había llegado la hora de comenzar a poner en práctica su horrible y cruel maquinación.

CAPITULO VI

El frágil y armonioso cuerpo de Demelza Dunaway, aquel compendio delicioso de entrantes y salientes entre los que sobresalía la firme agresividad de sus pechos altivos, suaves y majestuosos, estaba firmemente sujeto entre los poderosos brazos de Daniel Boujold.

Los hermosos ojazos negros de la bellísima y dulce muchacha, fijos, presos, rendidos a las azules pupilas de su joven adorador, expresándose con la romántica elocuencia del silencio que, muchas veces, como en aquel momento, era muy superior a la que pudiera manifestarse con palabras.

—Eres la mujercita más deliciosa del mundo, Demelza. Tu hermosura me tiene cautivo.

—Toda mi hermosura será siempre para ti, Daniel. Tú serás su único dueño porque te amo apasionadamente.

Los labios de él fueron al encuentro de la boca de ella, que se le ofreció sumisa y placenteramente. El beso fue largo, febril, prolongado por el ardor y la pasión que les mecía.

Así, estrechados fuertemente, al cobijo silencioso de las negruras de la noche y confundidos entre la complicidad que les brindaban los árboles que se erguían en las inmediaciones del cementerio de Evanston, permanecieron como en éxtasis entregándose el mutuo amor que se profesaban.

—Tenemos que casarnos cuanto antes, Demelza —dijo él, tras romper la interminable trayectoria de aquel ardiente ósculo.

Ella, temblando entre sus brazos, satisfecha y al mismo tiempo un tanto sobresaltada por lo inesperado de la firme proposición, objetó:

—Todavía somos muy jóvenes, Daniel.

—El amor no tiene edad, mi vida. Y me preocupa el hecho de que tengas que estar tantas horas metida en la posada... Bueno, lo que me preocupa en realidad es la presencia de tantos hombres a tu alrededor.

—Estaría entre un millón y sólo pensada en ti.

—Lo sé, pequeña. Pero también sé que más de uno te come con los ojos con la peor de las intenciones y que más de dos te asedian proponiéndote insultantes bajezas. Me he dado cuenta de que el herrero, Louis Moreau, se acerca de continuo a la posada y te acorrala en cuanto tiene ocasión. Si me entero de que intenta...

—Chiiiiist... —le puso ella uno de sus tersos deditos sobre los labios—. Sé defenderme sin necesidad de que tú intervengas. Odio la violencia y no quiero qué llegues a las manos con nadie por mi causa. Olvídate de Moreau.

—Es un tipo repugnante...

—¿Y qué importa eso, Daniel, si tú sabes que yo te quiero a ti y únicamente deseo ser tuya en cuerpo y alma?

—No puedo evitar que a veces los celos me consuman.

—¿Te doy yo motivos?

—No, preciosa.

—¿Entonces...?

—Cuando seas mi esposa me sentiré mucho más tranquilo. De veras, Demelza, quiero que nos casemos lo antes posible. Mañana mismo hablaré con tus padres.

—No sé si será prudente...

—Lo sea o no hablaré con ellos y les diré con firmeza que hemos decidido casarnos.

—¿Y si se oponen a causa de mi juventud? —preguntó la bella muchachita con un tenue hilo de voz.

—Entonces... la decisión te corresponderá a ti.

Repuso ella con resuelta firmeza:

—Entonces... seré tuya con todas las consecuencias.

—Me haces el más feliz de los hombres, Demelza.

De nuevo se encontraron sus bocas. De nuevo sus labios se contagiaron la mutua humedad y las lenguas se trabaron en un caracoleo delicioso que les produjo un éxtasis sensacional. Fundidos sus alientos hasta convertirse en uno de solo, se estrecharon cada vez más hasta que sus cuerpos encontraron una conjunción que hacía de dos una única naturaleza.

Estaban tan fuera del mundo y tan ajenos a él que no se dieron cuenta, que no intuyeron tan siquiera, el peligro que se cernía sobre ellos.

No se dieron cuenta hasta que estalló.

Daniel sintió un violento impacto contra la nuca desplomándose sin exhalar un gemido.

Demelza notó que un paño cálido se incrustaba en su boca y un olor penetrante anulaba su voluntad y sentidos haciendo rodar su cabecita y trasladándola en fracciones de segundo a un lugar lejano e ignorado, más oscuro y lleno de tinieblas que aquel donde se encontraba antes de perder la noción y conciencia de sus actos.

CAPITULO VII

Cuando recobró el conocimiento se hallaba completamente desnuda.

La cabeza le daba vueltas y los párpados le pesaban una enormidad, costándole un tremendo esfuerzo el hecho de descorrerlos y comenzar a comprender la horrible realidad que le rodeaba.

Dos hombres la sujetaban con fuerza.

Frente a sus pupilas aún estrábicas distinguió la figura de Louis Moreau. Le sonreía sardónicamente y sus ojos brillaban como ascuas infernales.

Empuñaba un hierro muy parecido al empleado para marcar reses.

Simulando voz femenina, con inflexión burlona y sádica entonación, Louis repitió una de las frases, la última, que Demelza había pronunciado minutos antes en compañía de Daniel:

—Seré tuya hasta las últimas consecuencias —y a renglón seguido, ya con su voz, metálica y hostil, desgranó—: Ahora sabrás lo que es sufrir, bruja maldita. Conque querías ser suya, ¿eh? ¡Ramera impúdica!

El extremo del hierro estaba al rojo vivo.

—¡Sujetadla bien!

Los otros obedecieron ejerciendo una presión brutal sobre el delicado cuerpo de la mujercita.

El hierro avanzó lentamente —Louis se recreaba hasta el colmo de la crueldad— al encuentro de su cuerpo tenso y frágil ante el espanto de ella. Tal era por el terror que no consiguió reunir aliento para dar sonoridad al pánico ancestral que la dominaba.

El hierro siguió avanzando, avanzando... avanzando hasta incrustarse en su vientre virginal.

—¡Ag!

—¡Sufre, maldita, sufre! —Rugió Moreau—, Yo te doy asco, ¿no? Dijiste que te arrancaría los labios antes de besarme, ¿verdad? ¡Pues toma!

—¡Aag!

Se repitió el alarido poblando las sombras y el silencio del cementerio con eco agónico, estremecedor.

Demelza quedó de nuevo sin conocimiento.

Unos cubos de agua arrojados repetidamente sobre su cuerpo horriblemente torturado la hicieron parpadear. El dolor seguía siendo vivísimo y profundo. Las sienes le dolían con intensidad y su cabeza le daba la sensación de que iba a estallar de un momento a otro.

El vientre le ardía como si se hubiese convertido en un volcán en plena erupción.

Vio llamas, grandes y enormes llamas alrededor de sus ojos enturbiados y confusos.

El dolor continuaba siendo insoportable, lacerante. Como un animal horrible y cruel montado sobre ella a horcajadas.

Las llamas danzaban cual personajes siniestros y burlones que le hacían guiños, muecas, gestos siniestros y obscenos al mismo tiempo, regocijándose en su sufrimiento y desnudez.

Tardó en advertir que se trataba de las antorchas que enarbolaban unos seres a los que no podía distinguir por la neblina que empañaba sus pupilas y por la propia luz cegadora de aquellas.

Una voz dijo:

—Arrastradla sobre esa tumba.

Otros obedecieron.

—¡Ponte en pie, bruja maldita!

No podía.

Aunque hubiese querido obedecer, no podía.

El dolor seguía fustigándola con sus brazos invisibles y cruelmente hostigadores. Ensañándose con ella sin la menor piedad.

Cayó de bruces sobre la sepultura.

Por eso no pudo ver al par de individuos que se acercaban a ella portando dos largos maderos, al extremo de los cuales y a modo de lanzas, se hallaban sujetos por alambres agudísimos punzones.

—¡Ahora! ¡Pinchadla!

Las puntas de acero entraron en violenta colisión con el desnudo de Demelza. Nuevas oleadas de dolor se sumaron al del yerro candente que aún quemaba, que parecía arder dentro de sus entrañas.

Bramó, más que gritar.

Aulló como un lobo herido de muerte.

Bestial y furiosamente, con musitado sadismo, se repitieron los pinchazos una y otra vez.

Eso la obligó a saltar y contorsiones lo mismo que una posesa.

—¡El diablo ya ha entrado en ella! —gritó una voz.

—¡Ponte la cabeza de macho cabrío sobre la tuya! —Era Louis quien acababa de pronunciar aquella orden—. El círculo de luz de las antorchas rompiendo la oscuridad te dará un carácter espectral y parecerá que auténticamente sea la tuya. ¡Vamos, date prisa! Ivo ya debe estar de regreso trayendo a las gentes del pueblo. ¡Vosotros! ¡Goldie, Wolfgang, seguid pinchándola! ¡Que no deje de saltar!

Siguieron con la cruel tarea.

Y Demelza danzaba, sí. Saltaba. Se contorsionaba. Al compás de una agonía tan espectral y alucinante como inhumana.

Sin fuerzas para gritarle al silencio y a la oscuridad taladrada por el resplandor de las antorchas el inmenso y horrible dolor, la cruel laceración que estaba sufriendo.

Seguía danzando.

Y deseando la muerte, una muerte rápida que la librase de aquel horror, una y mil veces.

Danzaba, sí.

Porque la seguía pinchando..., pinchando, pinchando y pinchando, inhumanamente. Con un sadismo que desbordaba los cauces del más depurado estilo demoníaco.

—¿Pinchadla! ¡Convertidla en una criba! ¡Quiero ver su sangre de bruja lasciva!

Eso hacían: PINCHARLA.

—¡Ahora vosotras! —Seguía siendo la voz diabólica de Louis Moreau la que bramaba órdenes impías—. ¡Kim, Alice, contorsionaos junto a ella! ¡El cuadro tiene que ofrecer sensación de realidad, de danza y rito satánico!

Aquel par de prostitutas baratas, desnudas también, rodearon a la torturada Demelza, la tomaron por debajo de los sobacos, la alzaron y comenzaron a girar con velocidad frenética como en un juego infantil trasladado a una dimensión satánica, girando como peonzas humanas, dando saltos y profiriendo exclamaciones en las que se invocaba al Príncipe de las Tinieblas y se reclamaba su presencia.

Apareció aquel que lucía la cabeza de macho cabrío.

Las antorchas dieron resplandor, en circunferencia, a la dantesca representación.

De súbito, por el estrecho sendero que desde la salida del pueblo serpenteaba en angosto y largo recorrido hasta el altozano rodeado de colinas donde se asentaba el cementerio, estalló el brillo de nuevas antorchas, encabezadas por la que sostenía Ivo precediendo a la excitada y ansiosa comitiva que pronto se desbordó, corriendo, lanzándose atropelladamente hacia el lugar donde danzaban las mujeres desnudas.

—¡Son brujas! ¡Brujas! ¡Están profanando el cementerio!

—¡Mirad...! Satanás está con ellas.

—¡Son brujas!

La multitud, estimulada por su propia morbosidad, rugía.

—¡Se van a entregar al diablo!

—¡Sí, sí..., es verdad! ¡Hay una que está en brazos de Satán!

—¡Hay que quemarlas!

—¡A la hoguera con ellas!

—¡Están turbando la paz de nuestros muertos!

—¡A la hoguera con ellas!

—¡Que ardan!

Demelza, de repente, se había quedado sola.

Kim Urie y Alice Kauffman habían emprendido veloz carrera para ocultarse entre la espesa arboleda desapareciendo entre ella. El supuesto Satanás también se había esfumado.

Ella no podía correr. Su cuerpo horriblemente torturado, sangrante, no se lo permitía.

Demelza se había quedado sola, sí.

Otra vez de bruces sobre la tumba.

—¡Se está orinando encima de la sepultura!

—¡Esa... ésa es la más bruja de todas!

—¡Sí..., que arda! ¡Hay que quemarla!

Sin saber por qué, se hizo, inesperadamente, un denso y agobiante silencio.

Un silencio que era presagio de muerte.

Demelza intentaba arrastrarse. No tenía apenas fuerzas para respirar. Estaba deshecha, agotada, vencida.

La voz potente y brutal de Louis Moreau se alzó por encima del tupido silencio, rompiéndolo, haciéndolo pedazos como si de una escarpa se tratara.

—¡Yo sabía que Demelza Dunaway era una bruja que mantenía relaciones con el diablo! ¡Que acudía cada noche al cementerio para reunirse con Satanás y entregarle su cuerpo! Pero como soy un hombre piadoso, he querido cerciorarme plenamente antes de avisaros porque me preocupaba, hacía sufrir mi conciencia, la posibilidad de torturar a una inocente. Pero ya veis..., ¡lo habéis visto con vuestros propios ojos!

—¡Es una bruja! —rugieron, a coro, varios—. ¡No queda inocencia en ella! ¡Ha tenido contacto carnal con el Diablo!

—¡Hay que quemarla! —bramaron otros—. ¿A qué estamos esperando?

—¡No! —Gritó Moreau—. ¡En mi país existe un sistema más rápido y limpio para terminar con los condenados a muerte! ¡La guillotina! ¡Mirad hacia allí! —Tenía un brazo extendido hacia la izquierda—. Como sabía lo que iba a suceder he montado una.

Ivo, Dudley —que acababa de regresar tras deshacerse de la cabeza de macho cabrío—, Goldie y Wolfgang, se habían situado, con sus antorchas en alto, iluminándolo, alrededor del siniestro aparato que Louis había construido en la carpintería.

La guillotina (*Joseph-Ignace Guillotin (Saintes, 1738 - París, 1814), médico y político francés, propuso desde 1789 la adopción de una máquina que ejecutase rápidamente a los condenados a muerte. El artefacto, adoptado en 1792, pronto fue conocido por el nombre de su inventor*).

El cadalso se compone esencialmente de dos montantes alzados sobre maderos colocados en cruz encima del suelo. Entre los dos montantes baja una cuchilla triangular, cuya caída se produce pulsando un resorte. El cuerpo de la víctima, fijado sobre una tabla móvil, se coloca debajo de la cuchilla, de modo que el cuello quede apresado entre las dos tablas, de las cuales la superior es móvil y que, por medio de un hueco semicircular en cada una, forma un agujero (abertura de la guillotina).

Varios de los componentes de la rugiente y enfebrecida turba se precipitaron sobre Demelza para arrastrarla a los pies de la guillotina.

Sombría, severa, silenciosa, con su hoja de acero dispuesta a seccionar el cuello de la inocente víctima.

—¡Observad su vientre! —Anunció Moreau a los que habían tirado de la muchacha—. ¡Tiene en él la marca del diablo!

La tema, sí.

Un dibujo confuso, borroso, alucinante, sobre su carne chamuscada. El que

le había sido grabado a fuego, poco antes, como si de una res se tratase. Representando un cuerpo de enorme cabeza y desproporcionados cuernos, grandes ojos y largos colmillos.

—¡Es verdad, la tiene! ¡Es la marca del Diablo!

—¡Hay que cortarle el cuello!

Ya la habían situado dentro de la guillotina.

A punto de ser decapitada.

Louis se acercó al mortífero aparato dispuesto a consumar la ejecución.

Fue entonces cuando Demelza Dunaway, sintiendo la muerte muy cerca, pareció zafarse del dolor y los tremendos horrores que había vivido en tan corto espacio de tiempo.

La muerte, sí, que estaba muy cerca, casi dentro de ella, pareció conferirle una fuerza y entereza sobrenaturales.

Alzó la cabeza lo poco que se lo permitía la abertura de la guillotina para mirar al diabólico Luis Moreau.

Lo miró, sí.

Con sus preciosos ojos, ahora cansados, muy abiertos y más negros que nunca. Casi desafiantes. Y su voz se alzó clara, vibrante como la cuerda de un violín tan mágico como siniestro, diciendo con sobrecogedora serenidad:

—¡Te maldigo, canalla despreciable! ¡Te maldigo una u mil veces! ¡Me matas pero no me has conseguido! ¡Mi cuerpo no ha sido ni será jamás para ti! ¡Y sí lo será mi maldición! ¡Porque esta cuchilla que va a quitarme la vida se volverá contra ti, contra tu descendencia..., porque en el hijo que tendrás se cumplirá mi venganza! ¡El, como yo ahora, verá su cabecita segada por el acero!

—¡Acaba con ella, Moreau!

Demelza, a quien el esfuerzo agotador que había supuesto el pronunciar aquellas frases, estaba venciendo su momentánea e inesperada firmeza, dejó caer la garganta sobre el hueco que formaba la tabla.

Louis tenía las facciones desencajadas y un rictus canallesco crispaba sus músculos faciales.

Accionó el resorte apretando los labios hasta componer en ellos una línea tan recta como cruel.

El silencio volvió a convertirse en algo espeso, tupido y denso, que pareció oprimir las gargantas de los reunidos, de quienes participaban con enorme complacencia en la innoble ejecución, estrujando sus cuerdas vocales y ahogando sus alientos.

¡¡¡CRAAAASCK!!!

Descendió velozmente la cuchilla.

La cabeza de Demelza Dunaway se desprendió del cuerpo bajo el impacto del certero tajo.

Un chorro de sangre salió disparado del tronco.

Alguien tomó la cabeza sangrante de Demelza enarbolándola por los cabellos.

—¡Mirad sus ojos desorbitados de bruja!

—¡Levántala más, no la vemos!

—¡Hemos hecho justicia! ¡Hemos acabado con una bruja!

Habían acabado con un ser inocente.

Demelza Dunaway no había sido del diablo, de nadie,.., ni tan siquiera de su adorado Daniel Boujold. Y no sería de nadie, no.

Louis Moreau miraba fijamente aquella cabeza que se pasaban de unos a otros. Aquella cabeza cuyos labios no había conseguido besar, aquella cabeza que pocos segundos antes formaba parte de un cuerpo que no había logrado poseer.

* * *

Las autoridades de Evanston hicieron lo que había hecho Pilato, muchos años antes, en Jerusalén.

Se lavaron las manos.

No convenía echarse al populacho .encima, enardecerlo más, cuando éste creía haber llevado a cabo un acto de justicia. No se podía juzgar a tantos jueces, ajusticiar a tantos verdugos..., había que admitir que habían hecho lo que era de ley: guillotinar a una bruja que profanaba tumbas y se entregaba a Satanás,

Aunque Daniel Boujold se desesperó, consumido de rabia, dolor e impotencia, reclamando justicia, verdadera justicia, nadie le hizo puñetera caso. Antes al contrario, le aconsejaron por su bien que desaparecieron de Evanston.

Y a los padres de Demelza, cuyas voces se alzaron con mayor timidez que la de Daniel, acabaron por convencerles de que si..., de que su hija era una bruja.

Meses después, Louis Moreau contrajo matrimonio con Angie, hermana de Demelza Dunaway, a la que había presionado y coaccionado asegurándole que si se negaba acabaría como su hermana.

Y Demelza, como pronosticara con la cabeza introducida en el cadalso, tuvo un sobrino póstumo.

Louis, al verlo en la cuna, se estremeció.

«... ¡El, como yo ahora, verá su cabecita segada por el acero!»

CAPITULO VIII

Unos pocos, los más atrevidos, se acercaban de cuando en cuando a la vetusta construcción para cerciorarse de si Faye Barton, la «Bruja Hermosa», como habían decidido llamarla después de su incomprensible metamorfosis, seguía viva o había muerto de inanición, puesto que no salía a por alimentos ni tampoco se los llevaba nadie.

Alguien apuntó una idea maléfica.

—Tendríamos que hacer con ella lo mismo que con Demelza, ¡guillotinarla! ¡Es tan bruja como la otra!

—Tienes razón —corroboró un segundo—, ¿Por qué no le decimos a Moreau que monte otra vez la guillotina?

De momento aquellos comentarios se quedaron sólo en eso, en comentarios.

Comentarios que, de todas formas, apuntaban hacia una nueva tragedia.

Cuando la gente se «calentaba», cuando la gente le tomaba el paladar a la sangre, le parecían pocas las víctimas con que saciar su truculenta morbosidad.

Cierto día sucedió algo inesperado.

Cuando Faye se percató de la presencia de aquellos atrevidos merodeando alrededor del caserón, asomó su bello rostro por una de las destartaladas ventanas, invitándoles a entrar al tiempo que les decía:

—Venid, entrad..., soy una vidente, tengo poderes, me han sido conferidos ciertos poderes que me sirven para predecir vuestro futuro. ¡Entrad... y os diré lo que os depara el porvenir!

Algunos, al escuchar aquellas frases, se santiguaron y estremecieron.

Otros insistieron en la idea primitiva y sanguinaria:

—¡Es una bruja! ¡Hay que guillotinarla!

Se lo dijeron a Louis Moreau.

—¡Bah! —Exclamó, quitándole importancia, ya que a Faye no había tenido nunca la intención y el deseo de poseerla ni tan siquiera cuando fue dotada de aquella singular belleza y, por lo tanto, no tenía el menor interés en pasarla por la cuchilla—, ¡Es una pobre desgraciada! No le hagáis caso.

—Nada de eso, Louis. ¡Es una maldita bruja que se entrega a Satanás! Gracias a eso el diablo le ha concedido poderes para adivinar el porvenir de las gentes.

Moreau estalló en feroces risotadas.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Si seréis ignorantes! ¡Adivinar el porvenir!

—No te rías, Louis. Ella no hace más que repetirlo cuando no acercamos por el caserón.

—¡Ah...! ¿Sí? Conque dice eso, ¿eh? Pues mañana voy a ir yo para que me adivine el mío.

Y fue, desde luego.

—¡Faye! ¡Bruja loca y estúpida! ¡«Bruja Hermosa»! ¡Soy yo, Louis Moreau! El que guillotinó a tu «compañera» Demelza. He venido para que adivines mi futuro.

—Entra, Louis, entra...

Lo hizo. Entró.

Había una extraña y agobiante penumbra en el interior del caserón. Un hálito misterioso flotaba en el ambiente convirtiéndolo en algo recargado, denso, silenciosamente siniestro que, pese al escepticismo de Louis, le hizo estremecer.

En el centro de la herrumbrosa estancia había una desvencijada mesa y, sobre ella, una esfera de opaco y tétrico cristal.

También había dos sillas. Una a cada lado de la mesa.

—Toma asiento frente a la bola, Louis —fue la invitación que recibió procedente de una voz femenina que brotaba como nacida de la misma oscuridad, del mismísimo infierno.

Obedeció.

Instantes después percibió el siseo de unos pies al arrastrarse por el suelo captando la presencia de una figura envuelta en un manto de tinieblas, del cual, a la altura de la cabeza, surgían dos haces fosforescentes, dos rojizos ojos que reverberaban en la bola de cristal.

Volvió a estremecerse.

Louis Moreau, por primera vez en su vida, estaba palpando el miedo..., estaba tocando el terror.

Hubiese querido salir corriendo de allí, desaparecer de inmediato a toda velocidad. Pero el pensamiento de que la gente se burlaría de él por el resto de sus días le mantuvo clavado en el asiento.

Temblando perceptiblemente, sí.

—Veo... —empezó la «Bruja Hermosa» con matiz estremecedor—, ¡veo lucecitas encarnadas! No, no son lucecitas... ¡es sangre! ¡Lo que veo es sangre! ¡Lo veo, sí! Y ahora... ahora veo una cara de mujer. ¡Ah, claro! Es... es Demelza Dunaway que ríe, que ríe, que ríe, ¡que no para de reír! Y ríe porque su venganza se está cumpliendo..., porque tu hijo, Louis, está sin cabeza.

— ¡Maldita bruja! ¡Maldita seas un millón de veces! ¡Cierra la boca o te juro que te destrozaré con mis propias manos!

Moreau, preso al mismo tiempo de un terror intenso y de una furia brutal, le pegó un puntapié a la mesa alzándola casi hasta estrellarla contra el techo.

La bola de cristal se hizo añicos.

—... Demelza sigue riendo, ¡porque tu hijo está sin cabeza!

Moreau salió precipitadamente del caserón.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntaron.

—¡Nada! ¡Estupideces! Una loca sólo puede decir idioteces.

En el altillo de la carpintería-herrería, sobre un suelo de paja, Louis había construido con maderos una especie de rectángulo dentro del cual gateaba y

jugaba su hijo Francois mientras él y su padre trabajaban abajo, en el taller.

El viejo había dicho en más de una ocasión:

—Tu mujer tendría que dejar de ir a la posada a ayudar a sus padres y cuidarse del niño..., ¡es su obligación, leche!

Louis se encogía de hombros.

—El chiquillo está bien ahí, padre. No corre ningún peligro.

Aquella mañana, como las anteriores, el pequeño Francis jugaba, daba manotazos en busca de sus juguetes, lloriqueaba cuando no podía alcanzarlos y empujaba uno de los maderos con su manita.

Y siguió empujándolo, afianzándose en el peso de su cuerpecito, hasta que lo derribó. Satisfecho y sonriente salió del encierro, arrastrándose sobre la paja, hasta llegar al borde del altillo.

Sus manitas se extendieron..., asomando al vacío.

Y... ¡se precipitó hacia abajo!

Con tan mala fortuna que su tierna naturaleza describió una mortal pirueta... y su cuellecito fue a estrellarse encima del filo dentado de una sierra cuyos soportes de madera estaban afianzados a cada extremo, en el interior de dos troncos.

La cabeza del niño salió disparada. Su tierna garganta vomitó chorreones de sangre.

El abuelo fue quien primero se percató de la tragedia.

—¡Louis...! ¡Louis! —Bramó con desesperación—. ¡El niño..., el niño!

Moreau llegó corriendo. Sus ojos parecieron saltar de las órbitas al tropezarse con la estremecedora y patética escena.

—¡Hijo..., hijo mío! —aulló como una bestia, golpeándose el rostro, clavándose en él las uñas—. ¡Hijo!

Y cuando se precipitaba para recoger entre sus brazos el cuerpecito sin cabeza, llegó hasta sus oídos la voz siniestra de la «Bruja Hermosa», que repetía:

—«... Demelza sigue riendo, ¡porque tu hijo está sin cabeza!»

* * *

La guillotina estaba montada frente al caserón.

Tan siniestra y lúgubre como aquél.

Ivo, Goldie y Dudley habían sacado a la «Bruja Hermosa» tirando de ella por su larga y azabache cabellera.

La turba, ansiosa, enfebrecida, con mirada sádica y aliento fétido pleno de morbosidad, contemplaba la escena en silencio.

De súbito, una voz lo quebró, rugiendo:

—¡Tritúrala, Louis! ¡Es una bruja y es la asesina de tu pobre hijito!

—¡Traedla! —Bramó Moreau—, ¡Traed a ese maldito engendro de Satanás!

Lo hicieron, obligándola a erguirse.

La «Bruja Hermosa» miró con sus pupilas rojizas el rostro cruel y crispado de Louis Moreau.

Escupiéndole:

—¡Maldito tú..., malditos todos! La guillotina no terminará conmigo como tampoco acabó con Demelza. Ella y yo... ¡volveremos! Volveremos a Evanston cuando ya os hayáis olvidado de nosotras... y nuestra venganza será estremecedora. ¡Terrible! Todo el pueblo se ahogará de terror al conjuro de nuestros nombres, ¡Recordadlo! ¡La guillotina se volverá contra vosotros!

—¡Córtale el gaznate de una maldita vez! —pidió alguien con temeroso nerviosismo.

Le metieron la garganta en la abertura semicircular.

Louis, encajando las mandíbulas hasta hacer chasquear los dientes, apretó el resorte.

La cabeza de Faye Barton salió despedida.

Ivo la recogió mientras Dudley retiraba el cuerpo cuya garganta escupía borbotones de sangre, para colocarla de nuevo bajo la cuchilla... Louis, con los ojos al borde de las órbitas y una expresión feroz, estremecedora, asomando a sus crispadas facciones, le dio de nuevo al botón partiendo en dos la cabeza.

Luego, el cuerpo.

El cuerpo fue metido otra vez en la guillotina..., otra, otra y otra, hasta convertirlo en pedacitos.

Los testigos de la monstruosa ejecución fueron contando por Evanston, a quienes habían renunciado a ser espectadores del sangriento espectáculo, que lo que había quedado del cuerpo de Faye Barton, de la «Bruja Hermosa», era la octava parte de la superficie de la uña de un dedo meñique.

Alguien, no se supo quién, se encargó de recoger los despojos de la «Bruja Hermosa» y darle sepultura en el cercano cementerio.

Faye Barton y Demelza Dunaway, que recobró de nuevo actualidad, fueron durante mucho tiempo tema de comentarios para los habitantes de Evanston.

Se hablaba de ellas con repugnancia... y terror.

Porque aunque nadie se atrevía tan siquiera a insinuarlo, todos, todos sin excepción, pensaban en las últimas palabras de la Barton y se estremecían al recordarlas:

—«... todo el pueblo se ahogará de terror al conjuro de nuestros nombres. ¡Recordadlo! ¡La guillotina se volverá contra vosotros!»

Pero fueron transcurriendo los años sin que nada anormal sucediese, sin que nada turbara la paz de los habitantes de Evanston.

Faye Barton y Demelza Dunaway pasaron a convertirse en leyenda.

SEGUNDA PARTE
«MADAME GUILLOTIN»

Y aquéllos, que jamás fueran vencidos en mil batallas, y con mil naves hundidas en mi! combates, aquéllos que supieron mantener el ánimo sereno y decidido ante toda adversidad, fueron al fin vencidos y arrollados por la perfidia y las males artes...

VIRGILIO

CAPITULO PRIMERO

Evanston, Illinois, año 1950

Ya no era un pueblo sino una ciudad. Se había convertido en una aglomeración suburbana del área norte de Chicago y contaba con cerca de 80.000 habitantes.

También la Universidad del Noroeste, institución metodista que contaba ya con más de 4.000 alumnos, había tomado un notable incremento.

Evanston se distinguía ahora por sus famosas avenidas y paseos sombreados por verdosos y radiantes álamos y sus playas públicas y privadas del lago, así como por las colinas que excepto en la zona de agua rodeaban la simpática ciudad.

Evanston contaba también con una importante industria.

La saga de los Morgan, importante y poderosa ya en el siglo anterior, seguía siendo una de las más notables del lugar por su tradición y economía. Muerto Richard Morgan, el patriarca y fundador del National Bank Evanston, sus hijos George y Alan habían perpetuado la institución ocupando en la actualidad los cargos de director y subdirector y apoderado general respectivamente.

Lawrence Morgan, primogénito de Richard, que no había querido participar en el aspecto puramente financiero de la familia, era el propietario absoluto de una importantísima fábrica de electrodomésticos y de equipos de radiotecnia y cine para profesionales y aficionados de ambas especialidades.

Vera, la única representante y descendiente femenina del

viejo Richard, a la que su padre quiso siempre mantener alejada de los negocios y finanzas, para lo cual, al morir, le había legado una pensión que le permitiese vivir con absoluta independencia, se había revelado contra la ociosidad y la vida cómoda incorporándose, contra la voluntad de sus hermanos —ahora cabezas visibles de la saga— que no veían con buenos ojos el que una Morgan trabajase y mucho menos que percibiera un sueldo cuya procedencia no fuese familiar... incorporándose decíamos, con el cargo de bibliotecaria mayor, a la Biblioteca Superior de la Universidad Noroeste.

El Herald Evanston, primera publicación impresa de la ciudad, fundado por aquel periodista que en Chicago, como profesional no había conocido más que fracasos, tenía en la década de los 50 una tirada más que notable siendo distribuido incluso fuera de los límites geográficos de la localidad. A él, años después, avanzado ya el siglo XX, había venido a sumársele el Evanston Sun, dirigido y fundado por Jason Bannister, existiendo entre ambos «rotativos una pugna noble y honesta, una rivalidad bien entendida de la que ¡os primeros beneficiados eran los lectores de Evanston, que hacía de sus componentes, amigos fuera de las redacciones, las máquinas de escribir y las cuartillas, y «enemigos» cuando se metían en faena y pugnaban por ser los adelantados de una noticia o por «pisársela» al rival, como se decía en el argot.

Lo que ahora podía llamarse centro urbano de la ciudad, estaba compuesto por edificios modernos que respondían a las líneas exigentes de la arquitectónica más avanzada y renovadora. Había establecimientos de todas clases, comercios, bares, snacks, e incluso disponía la ciudad para solaz y recreo de los económicamente poderosos —y de los no tan poderosos— de varios night-clubs que nada tenían que envidiar —ni por su fastuosidad, lujo, ni por la calidad de las atracciones, ya que por ellos habían desfilado y seguían desfilando primerísimas figuras del mundo del espectáculo— a cuantos pudieran encontrarse en la cercana Chicago o en las lejanas Nueva York, Washington o Baltimore.

Abarcando un área bastante extensa alrededor del nudo urbano, hasta casi rozar o subirse por las laderas de las montañas que rodeaban por completo Evanston —la ciudad había nacido en una hondonada a orillas del lago Michigan—, se encontraban las añejas y arcaicas construcciones de una sola planta —o de planta y un piso—, casi todas con su jardín más o menos grande, en donde moraban los habitantes más antiguos, los que aún quedaban del siglo anterior o de sus descendientes, los que aún se acordaban de cuando Evanston era un pueblo.

Era importante también el Observatorio de Deaborn (de la Universidad del Noroeste) que junto con el edificio de Correos, la Escuela Superior, la Biblioteca y Edificio de la Asociación Cristiana, le daban al lugar su pincelada de clasicismo.

Así estaba y era Evanston a grandes rasgos, en 1950. ¡Ah...! Demelza Dunaway y Faye Barton se habían perdido por completo en el olvido.

Nadie hablaba ya ni nadie parecía acordarse de la leyenda... ni tampoco de las últimas palabras de Faye, la «Bruja Hermosa», antes de ser guillotinada. Aquellas palabras que a finales del 1800 y principios del 1900 tan preocupados e incluso aterrorizados habían mantenido a los habitantes de Evanston:

«—... todo el pueblo se ahogará de terror al conjuro de nuestros nombres. ¡Recordadlo! ¡La guillotina se volverá contra vosotros! »

Ya nadie se acordaba, sí.

Todo había dejado de ser, incluso, leyenda.

Hasta que...

* * *

Fue precisamente de una de aquellas edificaciones que se alzaban en las laderas de las montañas —con sólo planta baja, o planta baja y un piso, pero todas con jardín—, de donde partió, súbita e inesperadamente, la noticia que en pocos días puso a la ciudad de Evanston en auténtico estado de ebullición.

Charles Novak, jubilado de una fábrica de ladrillos y alfarería —había varias en la localidad—, que debía contar en la actualidad unas ochenta primaveras (año arriba, año abajo) y que padecía de incurable insomnio, solía

salir a pasear todas las noches por el jardincillo de su casa —era la más cercana en relación directa a las colinas y en el supuesto de que hubiese podido trazarse una línea recta desde ésta a aquéllas—, donde permanecía hasta altas horas de la madrugada.

Y fue en una radiante noche del mes de jumo de 1950 cuando Charles Novak... escuchó unos bramidos bestiales, infrahumanos, procedentes del caserón en el que se refugiara la «Bruja Hermosa» antes de ser guillotinada.

Eso llamó poderosamente la atención del viejo, trajo de inmediato a su pensamiento la leyenda..., le hizo dirigir la mirada hacia el siniestro y ruinoso caserón y, a la estremecedora sorpresa de los bramidos, se unió la no menos sobrecogedora de aquella visión infernal en la que quedaron prendidos los cansados ojos del anciano alfarero: una guillotina... ¡una guillotina volaba sobre el diáfano cielo de Evanston! Había surgido —así lo creía y así lo juró una y mil veces Charles Novak— de una de las ventanas de la casucha, descrito círculos y parábolas, viajado por entre las estrellas por encima de la superficie del Michigan y descendido después para introducirse en el ventanuco de donde saliera.

Pero lo más asombroso e increíble, lo más horrendo y espectral o al menos así lo entendieron cuantos fiaron en las explicaciones de Novak, era que, encima de la guillotina, sentadas... viajaban dos mujeres.

El tan sólo había podido distinguir sus siluetas, pero, forzosamente, aquellas dos mujeres tenían que ser... ¡Faye Barton y Demelza Dunaway!

—Ese viejo chiflado chochea —dijo una inmensa mayoría de los que se enteraron de la visión tenida por Novak—, El insomnio le produce alucinaciones. Los médicos aseguran que quienes se pasan las noches sin dormir acaban imaginando fantasías que sólo han existido en sus mentes débiles y cansadas.

Otros no estaban de acuerdo en tan científica explicación. Porque la guillotina, Faye y Demelza, habían cobrado vida, vida y horror, de nuevo, en sus pensamientos.

Dos noches después, Charles Novak invitó a cuantos escépticos ponían en tela de juicio lo que él estaba completamente seguro de haber visto, a que acudiesen a su jardín... para comprobar si se trataba de un hecho real o de fantasías producidas por el insomnio en su cerebro viejo y cansado.

Acudieron varios, sí.

Y poco después de haber sonado la última campanada de medianoche... todos pudieron escuchar con audible nitidez los espeluznantes gritos, los estremecedores bramidos, los bestiales alaridos que, como una terrible pesadilla, como una asfixiante maldición, brotaban del interior del destartalado edificio.

Y minutos después contemplaron, atónitos y estremecidos, convulsos por el terror..., como tras los gritos y aullidos, salía por una de las ventanas aquel artefacto, ¡aquella guillotina voladora!, sobre la cual tomaban asiento dos mujeres viajando en ella por el cielo y trazando círculos y parábolas, tras

descender, por encima de las aguas del lago Michigan.

Charles Novak ni estaba chiflado ni chocheaba. Su insomnio no le había hecho imaginar fantasías. Incluso se permitió el lujo de decir a quienes, trémulos aún, habían sido sacados brutalmente de su inicial escepticismo:

—Buscando entre unas antiguas publicaciones que mi abuelo guardaba en un baúl más viejo que él, he encontrado un libro sobre brujas y demonios en una de cuyas páginas se dice lo siguiente. Escuchad... «Al concilio celebrado en Ancyra el año 314 se atribuyó así un canon que, traducido, dice de esta suerte: Hay que añadir, además, que ciertas mujeres criminales, convertidas a Satán, seducidas por las ilusiones y fantasmas del demonio, creen y profesan que durante las noches, con Diana, diosa de los paganos, o con Herodiades e innumerable multitud de brujas, cabalgan sobre ciertas bestias y atraviesan los espacios en la calma nocturna, obedeciendo a sus órdenes como a las de unas dueñas absolutas.»

Tras una pausa de silencio tras la lectura, Novak añadió:

—No sé lo que pueda haber en este relato de fantasía o lo que se pueda deber a la pobre imaginación de la gente de aquel entonces, estimulada por autores que tras recoger las creencias populares las desorbitaban dándoles visos espectrales y creando leyendas terroríficas..., pero lo que nadie nos puede discutir, es que esta noche hemos visto volar una guillotina con dos mujeres sentadas sobre ella.

Y lo habían visto, sí.

¡Corrió la noticia como un reguero de pólvora!

CAPITULO II

Shirley Rogers, como mujer, era sencillamente extraordinaria.

Fuera de serie.

Divina.

Tenía los ojos tan verdes como las esmeraldas más hermosas y brillantes que pudiera poseer el más acaudalado sultán de Oriente; ojos de «Las mil y una noches».

Era un genuino y auténtico prodigio de belleza.

Su cabello era la misma noche de tan negro, de tan azabache, y caía desde su cabeza como una cascada de misterio. Sus labios rojos escarlata, rojos sangre, húmedos y carnosos, eran la más hermosa, celestial y prodigiosa partitura del beso que jamás hubiese escrito sobre el pautado de un pentagrama compositor alguno. Su cuerpo pura armonía, maravillosa escultura, simple delicia geométrica de carne. Con unos senos vibrátiles y túrgidos, erectos, de respingón trazo cautivador y con una cintura inverosímil, breve, de mimbre, a cuyos lados se iniciaba el contoneo sinfónico de unas caderas moldeadas y rotundas que oscilaban al compás de unas piernas ágiles, bien formadas, largas y esbeltas, de curva grácil que principiaba en el fino tobillo.

Shirley Rogers tenía una debilidad con nombre y apellido: Kris Douglas.

Shirley, sonriendo tenuemente, alcanzó el esponjoso suéter de color gualda que el hombre le tendía y se lo enfundó por la cabeza y hombros cubriendo con ligereza el agitado palpitar de sus pechos altivos, que parecían amenazar con salirse del sujetador.

Luego, despacio, saltó de la cama y ajustando la braguita a su contorno se ciñó acto seguido una falda plisada de color rojo, la cual se detenía por encima de las rodillas mostrando los inicios de unos muslos prietos y cobrizos.

Alisando la falda contra sus caderas, sonriente, le preguntó a su «debilidad»:

—¿Cómo estoy, Kris?

El hombre, alzando la testa, hizo un guiño significativo antes de responder:

—Haciéndome dudar.

—¿Dudar...? —arqueó ella las finas cejas.

—¡Ajá! Porque ya no sé si me gustas más vestida o desnuda.

—¡Bobo!

—Podría detenerte ahora mismo por insultos a un miembro de la Brigada de Homicidios.

—Tienes un defecto y una virtud —habló ella, como si no le hubiese escuchado.

—¿A saber...?

—Ser policía.

—Supongo que ése será el defecto. ¿La virtud?

—Son cuatro en una, Kris. Ser apuesto, atractivo, galante... y tenerme loca perdida por tus huesos.

En efecto. Kris Douglas era todas aquellas cosas y la traía de coronilla. Aunque él, también, estaba bastante colado por Shirley. Era teniente de la Brigada de Homicidios de la Metropolitan Pólice, perteneciente a la División de Chicago, pero asignado desde hacía seis meses a la subdelegación de Evanston. Alto y musculoso, de planta y contextura atlética. Cabello rubio ondulado y, por extraño contraste, ojos profundamente negros. Labios algo carnosos en los que bailaba de continuo un rictus infantil y a la vez burlón.

Barbilla dividida por un gracioso hoyuelo.

Sí, en efecto, Kris, a las mujeres, siempre les había caído muy bien. Y a Shirley, desde su llegada a Evanston, le había caído, más que bien, mejor. Era su debilidad, sí. Estaba loquita por él.

Primero, como por casualidad, se habían tropezado en los mismos snacks..., luego el joven teniente se había lanzado —cosa que ella esperaba con verdadero anhelo—, y desde entonces salían juntos, paseaban, iban al cine, se ponían nerviosillos y tenían que pasar un rato de intimidad.

Como aquél.

Tras una breve pausa que él empleó en terminar de abrocharse los zapatos, Shirley, tras dar varias vueltas mirándose coquetamente ante el espejo, se encaró con Kris, preguntando de repente:

—¿No te preocupa lo del caserón, policía?

—¡Bah! —rechazó—. ¿No me dirás que admites esas bobadas?

—¿Bobadas? Es mucha gente la que dice haber oído esos gritos y haber visto a dos mujeres volando encima de una guillotina.

—Deben ser María Antonieta y su dama de compañía —se burló el teniente, agregando—: Son muchos los viejos que al ruido del viento a medianoche quieren amparar la resurrección de una vieja leyenda. Algo he oído contar acerca de Faye Barton y Demelza Dunaway. Se las tachó de brujas y cuatro exaltados las guillotinaron para complacer el sadismo y morbosidad del resto. Muy propio del siglo pasado.

—Pues yo... me siento intranquila.

—Díselo al sheriff. Eso es cosa de su departamento. Los de homicidios estamos para cosas más serias.

—Lyndon Price se ha inhibido por completo de la cuestión. Dice que el viejo Novak y quienes le creen están como cabras.

—Normal —repuso Kris—. ¿Te imaginas a todo un sheriff admitiendo fantasmagóricas narraciones medievales? Sería poco serio.

—Lo de Faye y Demelza no sucedió en el Medioevo.

—Da lo mismo. En el año 50, nadie, y menos la policía, puede dar crédito a que una guillotina vuele con dos tías encima que antes se han hartado de pegar gritos y aullidos. ¿Quieres que nos cuelguen la chaqueta a todos los «polis» de Evanston? Si se enteran en el Departamento Central de que nos

ocupamos en averiguaciones al respecto, se mean de risa. ¡Con sobrada razón! Y acaban por mandarnos a un sanatorio psiquiátrico.

—Es donde mejor estaríais, desde luego. ¡Oye, Kris! Y sin que nadie se enterase..., ¿no podrías realizar alguna pesquisa?

—¡Anda ya! Deja de decir sandeces y vámonos. Es tarde. Te acompañaré al periódico.

—Gracias por lo de las sandeces. Es el piropo que nunca me habían dicho. Y te juro que me estaba pirrando por escucharlo.

—Muy aguda, prenda... ¡Venga, que el reloj corre!

Salieron del apartamento de Kris muy juntos, muy cogiditos del brazo, y sin hablar más de brujas ni leyendas fueron caminando por las sombreadas, ahora ya en penumbra, calles de Evanston.

La redacción y oficinas del Herald Evanston se ubicaban en el 112 de John Evans Avenue, justo en la confluencia de ésta con la Main Street. Era un edificio algo antiguo, de una sola planta, que tenía dos grandes ventanales. Y en el cristal de cada uno de ellos, con añeja caligrafía de caracteres góticos, en color negro y entrecomillado, se leía el nombre del periódico.

Un mostrador corría paralelo a lo largo de toda la estancia. Tras él varios individuos golpeaban furiosamente las teclas de sus respectivas máquinas de escribir, hacían gestos de sorpresa o contrariedad, movían la cabeza nerviosamente y se enfrascaban de nuevo en su trabajo.

Kris y Shirley dejaron atrás la sala de redacción dirigiéndose hacia la puerta del fondo, sobre cuya hoja se leía: «RUSSELL SELANDER. REDACTOR JEFE.»

Que estuviera de mal humor era cosa normal en Russell, hombre de carácter irascible y hasta violento. Pero aquella noche, por lo visto, su cabreo superaba en mucho lo que era de costumbre.

Y pegó un puñetazo encima de la mesa cuando vio entrar a la pareja.

—Bonita forma de recibir a tu directora —se quejó Shirley, humorísticamente.

Sí, porque ella era la nieta de Edward Rogers, el fundador, y actual directora de la publicación. Pero tenía a Russell por mano derecha para el mejor funcionamiento y buena marcha del rotativo.

—¡Leches! —exclamó—. ¿Es que no te enteras..., verdad?

—¿Enterarme...? —el asombro de Shirley era legítimo—. ¿De qué?

—¡De qué! ¡De qué...! Pues de que nuestros competidores del Evanston Sun se están hinchando de vender tiradas especiales porque ese viejo puñetero de Charles Novak les ha hecho declaraciones en exclusiva. Y van a publicar por capítulos la leyenda de esas supuestas brujas..., de Demelza Dunaway y Faye Barton. ¡Será estúpida la gente! ¡Creer en brujas, alaridos del averno y guillotinas voladoras! Pero la competencia ha estado atenta y va a explotar la estulticia de nuestros conciudadanos.

—No te lo tomes así, Russell —apuntó la bellísima directora del diario.

—¡Ah...! ¿Sí? ¿Y cómo me lo tomo... «asado»? Si por ti fuera, señorita

directora, nos íbamos a morir de hambre. Tú, entreteniéndote con... —miró con ojos de fiscal inflexible a Kris, movió la cabeza de un lado para otro significativamente, cambió el tono y agregó—: Hay que hacer algo.

—¿Y qué se propone hacer, Russell? —preguntó el policía, hasta entonces en silencio.

—Ya me lo he propuesto. Tengo en máquinas una tirada especial de dos páginas, a color y en huecograbado, que saldrá dentro de un par de horas. ¡Será la bomba!

—¿Por...? —quiso saber Shirley.

—Porque los titulares en letras de molde dicen lo siguiente: «El Herald Evanston se va a entrevistar con las brujas.»

Y a renglón seguido...

—¡Russell! —Exclamó Kris—, ¿Seguro que no le ha pegado al whisky?

—¡Muy gracioso, detective! —Masculló el redactor-jefe por un extremo de la boca, como si escupiera las palabras—, ¿Me deja terminar?

Douglas se encogió de hombros.

—Le dejo.

—Y después, en un extenso y pomposo editorial, gloso sobre la leyenda según versiones que he recabado de un par de viejos habitantes, terminando con un texto en cursiva en el que significo que esta noche, después de las doce, yo, Russell Selander, redactor-jefe de este periódico, haré acto de presencia en el caserón para que las resucitadas Barton y Dunaway me expliquen el porqué de sus gritos, de sus viajecitos en guillotina y cómo pretenden llevar a cabo la venganza que dejaron en el aire antes de ser ajusticiadas. ¡Con eso hago polvo a los del Evanston Sun!

—Creo que se lo toma demasiado a pecho, Russell.

—¡Por encima de todo soy un profesional! Y como me debo a mis lectores, tengo que hacerlo. Estoy obligado a demostrar que todo ese tinglado no es más que una fantasía, una paparruchada, y poner en evidencia a nuestros colegas de la competencia demostrando que tratan de explotar en su provecho la buena fe de unos, la ignorancia de otros y el temor del resto. ¡Qué...! ¿Cómo se os ha quedado el cuerpo, parejita de tórtolos?

—Pues yo, Russell —habló Shirley—, sinceramente, no apruebo tu actitud. Me intranquiliza el hecho de que hayas decidido subir a ese caserón...

—¡Toma! —Exclamó, al tiempo que arreaba un nuevo y sonoro puñetazo contra la mesa—. ¡Esta sí que es buena! ¿No irás a decirme que tú también..., que tú te has tragado...?

—No es eso, Russell. Es un extraño presentimiento. Llámalo estupidez si quieres, llámalo como quieras... Pero te agradecería que anulases esa edición especial y mucho más que no subieras esta noche a la vieja casucha.

—¡Ni hablar...! ¡Ni hablar! —estalló el iracundo Selander como si acabase de oír un sacrilegio. Y soltó con manifiesto malhumor—: ¿Por qué no me dejáis hacer mi trabajo tranquilo, eh? ¿No tenéis que ir a daros besitos por algún rinconcito oscuro?

—¿Y no le parece que se está pasando, Russell? —interrogó a su vez el policía, con gesto adusto y tono acre.

—Déjalo, Kris. Que haga lo que quiera. Es un cabezota.

—¡Sí, claro, soy un cabezota! Gracias a! cual nuestro periódico es el primero en tirada. ¡Si tu abuelo levantase la cabeza y viera cómo tú te tomas...!

No le escuchaban porque habían salido de la estancia, con sigilo, aprovechando que él soltaba el «Sermón», gesticulando, y con la cabeza casi pegada a la mesa.

La alzó.

—¡Eh...! ¡Mierda de juventud! No piensan más que en el sexo y en meterse en la cama a las primeras de cambio. Menudo policía y menuda periodista están hechos... —Seguía hablando solo como si tuviese por auditorio a toda una multitud—. ¡Si cuando yo digo que hoy en día no hay formalidad, sentido común, ni responsabilidad profesional! —Atrapó el auricular de uno de los dos teléfonos que tenía sobre la mesa y tras marcar un número (el de la sala de máquinas), gritó—: ¡Eh, Morton! ¿Es que estamos durmiendo? ¿Cómo va esa edición...? ¡Pues date prisa, puñetas! ¿Todavía no te has enterado de que ha de salir esta noche? ¿Qué...? ¡Eso no me importa, narices! ¡Tú haz lo que te mando y ponme eso en la calle! ¡Pero muévete, leches!

Y colgó con violencia.

* * *

Levantó la cabeza de los folios que reclamaban su atención.

—¿Cómo has dicho que se llama ese tipo?

—Louis Moreau.

—Dile que vuelva mañana. Ahora... ¡Puñetas! ¿Es que no veis que estoy desbordado por el trabajo? Dentro de un par de horas tengo que estar allá arriba...

—Ha insistido, Russell. Dice que se trata de algo muy importante relacionado con la edición especial que hemos lanzado hace una hora. Según él, es cuestión de vida o muerte.

Puñetazo de reglamento que te crió.

—¡Que pase!

Pasó. Tomando asiento, con timidez, en la silla que el redactor-jefe del Herald Evanston señalaba sin apenas mirarle.

Estaba viejo y arrugado. Abatido. Una expresión de temor se dibujaba en sus ajadas facciones.

Russell levantó la cabeza.

—¿Y bien..., qué quiere?

—Me llamo Louis Moreau.

—¡Eso ya lo sé! Al grano.

Louis sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta y de aquél una cuartilla que

tendió a Selander, diciendo:

—Lea esto, por favor.

Lo hizo. El texto era el siguiente:

> «Te lo advertí, Louis. Te lo dije antes de que me cortases la cabeza. Te maldije, os maldije a todos... y te advertí de que volveríamos cuando nos hubieseis olvidado. Te dije que todo Evanston se ahogaría de terror al conjuro de nuestros nombres... y aquí estamos, dispuestas a cumplir nuestra venganza. La guillotina se va a volver contra vosotros. Pero queremos daros una oportunidad, dársela a los inocentes, antes de que se cumpla nuestro terrible designio. Si te queda un ápice de dignidad y ahora que ya eres viejo has reflexionado y admitido la cruel culpa de tu canallesco comportamiento de entonces..., si eres valiente para venir a nuestro encuentro, sólo, como lo fuiste para segar nuestras gargantas al amparo de la muchedumbre ebria de sangre, sube esta noche al caserón. Si lo haces, evitarás la muerte de muchos seres inocentes.
>
> »Te espera...
>
> »Madame Guillotin.»

Tras la lectura de la sorprendente misiva, Russell Selander permaneció por espacio de varios segundos en actitud netamente reflexiva, dando vueltas y vueltas entre los dedos de su diestra a la cuartilla.

—Así que usted... —murmuró al fin—, de acuerdo con la leyenda, es la persona...

—No se trata de una leyenda, señor Russell —le atajó Moreau, decidido. Ampliando—: Jamás he creído en leyendas. Ni cuando tenía 21 años ni ahora que tengo 72. Acabo de leer la edición de última hora que ha lanzado su periódico y por eso me he presentado rápidamente aquí. Mi obligación era mostrarle esa carta y mi deber es impedir que usted suba esta noche al caserón,

—¡Señor Moreau! —Estalló Russell—. El que yo suba o deje de subir a esa fantasmagórica residencia de supuestas brujas, no es de su incumbencia. Pero ya que ha venido, ya que se ha tomado esa molestia que no dejo de agradecerle, sepa y entienda que ni usted ni nadie podrán evitar que yo...

—Entonces... —el viejo Moreau encogió sus abatidos hombros—, como no voy a convencerle de lo contrario y vamos a subir los dos, déjeme al menos que le explique...

—¡Adelante y rápido! Dispongo de poco tiempo.

Louis Moreau empezó su relato.

CAPITULO III

Laura Morgan consultó su minúsculo reloj de pulsera en plata con incrustaciones de pequeños diamantes y esmeraldas.

Sus manecillas señalaban las 23.40 horas.

Faltaban aún veinte minutos.

Dudó...

Dudó, por unos instantes, entre seguir pisando el acelerador de su Oldsmobile, impresionante vehículo que su padre, Lawrence Morgan, le había regalado recientemente con motivo del veinticuatro aniversario de su nacimiento..., dudó, decíamos, entre seguir dando gas al coche o alzar el pie, reducir, dar un giro completo al volante y regresar a su casa.

¿Y si notaba su ausencia?

No era fácil.

Ahora no tenía ya quince años, sus padres antes de acostarse ya no se cercioraban de si estaba en cama. Puede que su madre..., pero era tolerante; pensaría que estaba paseando con algún muchacho. Eso, si la echaban en falta, se justificaría con lo del paseo con un admirador.

Estaba decidida.

Lo había decidido.

Pero minutos después, volvió a asomar la duda a su pensamiento. Se preguntó por qué lo hacía, por qué iba allí, al caserón enorme y lóbrego. Quiso responderse que porque suponía que aquellos horrísonos gritos que decían haber escuchado Charles Novak y sus vecinos, aquellas mujeres que volaban por el aire montadas sobre una guillotina..., que todo aquello estaba relacionado con el terrible secreto que pesaba sobre la familia Morgan. Quizá también porque trataba de probarse a sí misma su valentía..., cuando en verdad no pasaba de ser una muchacha tímida, pusilánime y asustadiza.

Había cosas que la hacían estremecer y que sin embargo la atraían al mismo tiempo como si de un enorme y morboso imán se tratasen. Una de ellas, la sangre. Su horror a la sangre alcanzaba proporciones extraordinarias y, no obstante, le fascinaba verla gotear...

Movió la cabeza, súbitamente, de un lado para otro. Su mente comenzaba a jugarle malas pasadas. Trató de distraer su pensamiento, de olvidarse del porqué y el cómo de todo aquello, de su viaje rumbo a la casucha...

Trató de no pensar en nada.

La húmeda carretera serpenteaba por entre altos riscos y agrestes promontorios, siguiendo el trazado tortuoso de la enorme cordillera que rodeaba Evanston.

A poniente, su negra silueta, la oscura mancha del punto de su destino, quedaba recortada en contraluz por los rayos de un sol inexistente, pero que ella imaginaba, cuyo disco se había ocultado unas horas atrás. Miró hacia arriba, hacia la cima ya cercana, donde destacaba la masa informe y lúgubre

del vetusto caserón.

La imaginación extrovertida de Laura Morgan se desbocó hacia abismos infernales. Pensó durante unos instantes en el cuerpo de Faye Barton, «reconstruido», danzando salvajemente en el interior del Círculo repulsivo que formaban espíritus aullantes, fantasmas, vampiros y toda una gama de monstruos inimaginables.

Y presidiendo la dantesca escena... ¡UNA GUILLOTINA!

Al igual que cuando pensaba en la sangre y los huesos, en los muertos chorreantes y triturados de las novelas de terror que solía leer con frecuencia, se estremeció y sintióse a la vez plenamente satisfecha.

¡Auténtica delicia poseer una imaginación como la suya!

Cesaron sus lóbregos y estremecedores pensamientos porque había llegado a un punto, en los aledaños del caserón, desde donde tenía que seguir a pie el exiguo trayecto que la separaba de aquél. Frenó, arrimándose al tronco de un grandioso y fértil arbusto. Tras apagar las luces y cerrar el contacto, abrió la portezuela y saltó al húmedo piso del estrecho sendero.

* * *

Setas...

¡Las setas venenosas íntimamente vinculadas a la leyenda de Faye Barton!

Le pareció que una de ellas empezaba a aumentar de tamaño, a crecer..., ¡alcanzando casi unos diez pies de altura, ofreciendo el espectáculo nauseabundo de su cabeza rojiza-marrón que parecía sangre seca!

Lo que a ella la horrorizaba y atraía... ¡SANGRE!

Era algo así como una morbosa y repugnante satisfacción..., una mezcla de contradictorias sensaciones.

No podía ser, no.

Se frotó los ojos.

La seta tenía su tamaño normal, sí.

Fantasías. Estaba nerviosa.

En un campanario cercano, en aquel mismo instante, empezaron a sonar las primeras campanadas de medianoche. Y al esparcirse el eco siniestro de la última..., llegaron hasta los oídos de Laura unos terribles alaridos infrahumanos que procedían de la destartalada casucha. Unos gritos enervantes, bestiales, que parecía imposible que pudieran brotar de una garganta humana.

Por espacio de unas breves fracciones de segundo, Laura consiguió zafarse al incomprensible hechizo que la tenía cautiva e intentó huir de allí a toda prisa. Pero... sólo fueron fracciones de segundo. Luego, cayó de nuevo el poder invisible de aquella maléfica influencia. Tan invisible como férreo y dominante, como arrollador, como lleno de un fascinante hipnotismo al que ya resultaba imposible escapar.

Y entonces... ¡sintió que unas manos de esqueléticos dedos la empujaban

violentamente hacia la entrada del caserón!

Gritó.

Sin que se oyera el grito.

Corriendo sin cesar, corriendo sin rumbo, corriendo sin saber por dónde ni hacia dónde...

Corriendo enloquecida de terror, tratando de evitar que la alcanzase aquel ser extraño, diabólico, que su fantasiosa imaginación le hacía concebir verdaderamente monstruoso.

Corriendo...

Nada ni nadie.

Silencio.

No la seguía aquel ser monstruoso de esqueléticos dedos.

Oscuridad..., tinieblas.

Silencio.

La puerta estaba entreabierta...

La empujó...

Y llegó hasta sus ojos desorbitados por el pánico un tenue rayo de claridad. Muy tenue, sí. La de los candelabros de un solo brazo situados a cada extremo de la desvencijada y rectangular mesa de madera, larga, estrecha, que había en el centro de la estancia.

Y en mitad de la mesa, una bola redonda, esférica, de opaco cristal, en la que reverberaban las llamas oscilantes de los candelabros.

Laura avanzó.

Pero sólo unos pasos, porque de repente se quedó muy quieta. Paralizada. Porque bajo el borrón de difusa y mortecina luz que se proyectaba como un impacto de penumbra contra la mesa, pudo contemplar a ¡os dos hombres que, rígidos, inmóviles, estaban sentados a ella.

Chispeando sobre sus rostros aquellas sesgadas esquirlas de infernal y fugaz luminosidad.

Reconoció a uno de ellos: era Russell Selander, del Herald Evanston. Al otro no lo había visto en su vida.

Rodeados ambos de sombras que parecían pequeños fantasmas, inquietos, grotescamente inquietos, que vagaban a su alrededor con el desconcierto de almas perdidas en un íntimo purgatorio.

Laura permaneció unos instantes muy quieta, rígida como los dos hombres, pero en pie. Mirándolos. Contemplando las sombras fantasmales que los rodeaban. Al fin, empujada una vez más por el extraño hechizo que la poseía, avanzó rodeando la mesa por el lado opuesto al que se hallaban sentados los dos frente a la bola de cristal.

Se situó ante Russell, dominando todos los temblores y zozobras que sacudían espasmódicamente su cuerpo bien formado y sensual.

—Señor Selander... —susurró— señor Selander..., ¿es que no me oye? ¿No me escucha ninguno de ustedes dos?

Ambos siguieron inmóviles.

Con los ojos muy abiertos y muy fijos en la bola de cristal

Como en trance.

O... como prendidos en un estado de hipnosis magnética.

—Señor Selander... —insistió.

—No te esfuerces, Laura Morgan —dijo de súbito una voz gutural, sardónica, horrible— No te esfuerces porque no te oyen. Ellos sólo esperan... ¡SOLO ESPERAN QUE TU LOS EJECUTES! Mira, mira esta guillotina... aquí, a tu derecha.

Efectivamente. Allí, a su derecha, envuelto entre las sombras de la penumbra, se erguía sombrío y siniestro aquel aparato de muerte.

Casi dio un brinco, retrocediendo, volviendo la cabeza hacia el lugar de donde surgía la voz. Tinieblas. Pero en medio de ellas se distinguían dos bultos. Erguidos. Como si hubiesen nacido en la misma oscuridad. Cubiertos ambos con largas capas negras..., tan negras como espectrales.

De lo que era la capucha donde se ocultaban los rostros y a la altura de los ojos...

¡LOS OJOS DE SATAN!

¡Rojos como el mismo fuego! ¡Como la propia sangre! ¡Fosforescentes! ¡Incandescentes! ¡Chispeando destellos del infierno!

Laura Morgan notó, sintió, experimentó que aquellos chispazos infernales, rojos como el fuego y la sangre, se introducían en sus pupilas cual agudísimos alfileres... Laura Morgan notó, sintió, experimentó que se quedaba sin voluntad, sin consciencia, y que no era capaz de moverse ni apartar su mirada, alternativamente, de aquella doble pareja de ojos incandescentes.

—Están esperando que tú los ejecutes, Laura Morgan.

Los dos bultos parecieron desdoblarse en la oscuridad entrando más de lleno en el círculo luminoso de los candelabros y Laura, que seguía rígida e inmóvil, sin parpadear, vio que se trataba de dos seres... ¿humanos?, que se arrastraban fatigosamente como almas en pena y que, en medio de un silencio sepulcral, se habían acercado uno a Russell Selander y otro a aquel anciano para ella desconocido, haciéndolos levantar de las sillas y tirando de ambos, que obedecieron y se dejaron sin ensayar el menor acto de rebeldía, hasta situarlos muy cerca del cadalso.

Entonces, uno de aquellos bultos vestidos de negro, enfilando sus ojos llameantes como antorchas sobre las pupilas de Laura, desgranó con su voz del averno:

—Ven, acércate, ha llegado la hora de la justicia..., de la venganza. Y tú..., ¡tú serás el verdugo!

A Russell Selander ya le había sido colocada la garganta en la abertura semicircular de la guillotina mientras... mientras Laura Morgan, como en trance, sin voluntad para resistirse, como un robot, igual que si fuese movida por un control remoto, se iba acercando lenta, despaciosamente, hacia el aparato de muerte.

Situándose en la parte opuesta y delante del madero donde surgía el resorte

que hacía bajar la cuchilla de forma triangular.

—¡Acciónalo!

Extendió el índice de la diestra... Pareció que transcurría toda una eternidad antes de que la yema entrara en contacto con el botón. Ya lo estaba rozando. Ni tan siquiera un estremecimiento circuló por su naturaleza, ni un espasmo, ni la menor contracción cuando...

¡Pulsó el resorte!

Descendió velozmente la cuchilla.

¡¡¡CRAAAAASCK!!!

La cabeza de Russell Selander salió disparada como un obús y tras ella un manantial de sangre proyectó una copiosa lluvia escarlata bañando la cabeza que, separada del tronco, rodando en tierra, todavía daba la sensación de tener vida y movimiento.

Y aquella cabeza fue recogida por las manos del otro bulto vestido de negro y colocada de nuevo bajo las cuchillas al tiempo que Laura recibía la orden:

—¡Acciónalo!

Y obedeció.

En los minutos que siguieron se desarrolló dentro del fantasmal caserón un cuadro dantesco. A Russell le siguió Moreau. Cabezas y cuerpos fueron situados una y otra vez a merced del acero degollador mientras Laura, incansable, prendida en las llamas incandescentes que brotaban de los ojos espectrales de los personajes de negro, accionaba una y cien veces el resorte que despedía la cuchilla.

Pedazos de carne, esquirlas de hueso que saltaban en todas direcciones, chorros de masa encefálica que salían despedidos como cataratas de agua grisácea... Y todo aquello que eran los despojos de ambos cuerpos, que eran los residuos de Russell Selander y Louis Moreau, flotando encima de un enorme lago de sangre que por segundos veía incrementadas sus dimensiones..., que amenazaba con adquirir las características del cercano Michigan.

Sangre, sí...

Laura Morgan contemplaba el espectáculo sin pestañear, rígida, hermética, inmóvil, como si no le afectara, lo mismo que si estuviese muy lejos de allí y no viera nada de lo horrendo y demoníaco que tenía frente a sus abiertas pupilas, que más que eso parecían pedazos de cristal.

Hasta que...

Los bultos de negro echaron atrás las capuchas que cubrían sus cabezas y se precipitaron como bestias dantescas, de bruces, sobre el inmenso charco rojizo encima del cual flotaban los restos de Louis y Russell, gritándole a Laura al unísono:

—¡Ven... ven...! ¡Ayúdanos a sorber su sangre, comparte con nosotras el placer de este delicioso brebaje.

Entonces Laura Morgan volvió repentinamente a la realidad y de un salto,

que en otras circunstancias hubiera sido incapaz de realizar, se alejó de la guillotina salvando el estigio sangriento al que estaban abocadas aquel par de figuras diabólicas succionando, con deleite sin igual, la sangrienta pócima.

Corrió hacia la puerta del caserón al tiempo que aullaba desgarradoramente:

—¡Aag! ¡Socorro!

CAPITULO IV

La preciosa morena de ojos verdes que se llamaba Shirley Rogers penetró en el despacho del teniente de la Brigada de Homicidios de la subdelegación de Evanston, Kris Douglas, aproximadamente a las diez de la mañana.

La acompañaba otra mujer.

Pese a que había mucho barullo en jefatura, y concretamente en su oficina, Kris se percató en seguida de la presencia de Shirley, reparando en la muchacha que estaba junto a ella y a la que estudió con atención. Era bonita y tenía el rostro algo tostado por el sol y enmarcado por una media melena cobriza; bajo las cejas, surgían suaves y rizadas, largas pestañas. Sus ojos mostraban una tonalidad color whisky con destellos ambarinos..., destellos en los que ahora se percibía la huella de un copioso y reciente llanto. Kris se dijo que tenía vista a aquella chica por alguna parte de la ciudad.

Hizo desalojar de inmediato su despacho, inquiriendo:

—¿Qué sucede, Shirley?

—Ella es Laura Morgan. Hija de Lawrence Morgan, el propietario de la fábrica de electrodomésticos y equipos de radiotecnia, y sobrina de los banqueros Morgan...

—¡Ah, ya! ¿Y...?

—Tiene algo que contarte.

Kris Douglas les preparó dos sillas al otro lado de la mesa.

Ocupando su butaca giratoria, habló:

—Usted dirá, señorita Morgan,

Hubo un breve paréntesis de silencio.

Y tras él, como si su lengua hubiese sido disparada por una catapulta, Laura Morgan narró todo cuanto había sucedido la noche anterior en el caserón. El teniente no pareció sorprenderse demasiado, aunque una fugaz nube de extrañeza desfilase frente a sus ojos.

—Hace unas horas que sabemos lo de esas dos muertes..., aunque no sabíamos con exactitud cómo se habían producido. Esta mañana los vigilantes municipales del cementerio de Evanston han encontrado, sin sepultar, un extraño y doble ataúd, con la siguiente inscripción:

Kris extrajo del cajón central de su mesa de escritorio una cuartilla y les leyó el texto:

«Dentro de este ataúd yacen los despojos de Louis Moreau, hombre cruel y despiadado que a finales del siglo anterior guillotinó a Faye Barton, “la bruja hermosa”, y Demelza Dunaway, porque no se prestó a sus intenciones lascivas y obscenas. Igualmente yacen los de Russell Selander, periodista curioso que ha intentado desvelar el secreto de la venganza de Madame Guillotin.

»No descansen en paz, vivan en el fuego del infierno.»

Agregó el policía tras la lectura:

—Os lo he leído porque ya es del dominio público. Los vigilantes del cementerio lo han comentado a media ciudad y el Evanston Sun, siempre a la que salta, se ha hecho eco con una tirada especial y sensacionalista. La leyenda ha estallado con fuerza, ha resucitado, y el pánico conmocionado Evanston sin que nosotros hayamos podido evitarlo.

—Supongo que ahora te mostrarás menos escéptico, ¿no? —inquirió Shirley.

—Sigo sin creer en brujas, si es a lo que te refieres. Pero... imagino que la señorita Morgan aún no ha terminado, ¿verdad?

Estaba muy nerviosa. Visiblemente agitada.

—¡Me estaba dando cuenta de todo pero no podía evitarlo! ¡Estoy segura de que estaba bajo un influjo hipnótico! Sin embargo..., tenía consciencia de mis actos. ¡Es horrible!

—Cálmese, Laura. Y explíqueme con tranquilidad cuanto tenga que decirme. ¿Por qué fue al caserón? ¿Lo sabe?

—Sí... Creo que sí. Merced a esa extraña influencia. Aunque yo, tratando de convencerme a mí misma, me dije que lo hacía por creer que aquellos gritos que Novak y otros decían haber oído brotar del interior de la casucha estaban relacionados con el... terrible secreto de los Morgan.

Douglas arqueó las cejas.

—Terrible secreto... ¿Qué secreto?

—La realidad de esa leyenda que usted había oído contar sobre Faye Barton.

—Explíquese.

—Bueno... —titubeó—, no sé si debo. Se trata de un secreto familiar.

—Ha venido a que la ayude, ¿no? —dijo Kris, con gesto elocuente.

Y Shirley, mirando a Laura, la instó:

—Cuéntaselo.

—Bien... —susurró la muchacha—. Pues, esa leyenda, la de Faye Barton, es falsa. Basada en una cierta realidad que alguien se encargó de desorbitar hasta conseguir que se diera vida en voz de las gentes del pueblo a ese fantasmagórico relato. Es cierto que Faye Barton fue poco agraciada físicamente, pero nunca fue el monstruo diabólico que cuenta la leyenda. También es verdad lo de su mutación física, pero ese hecho tiene una explicación racional: Franz von Wayden, cirujano alemán pionero en la estética, estuvo en Evanston a finales del siglo pasado, visitando a mi abuelo, porque éste, en Alemania, tenía intereses financieros con el padre de von Wayden. El médico le habló de sus progresos en el campo de la cirugía plástica y mi abuelo, con cierto escepticismo, le dijo que le hiciera una demostración convirtiendo en una mujer hermosa a Faye Barton. Franz aceptó el reto y trabajó en el rostro de la mujer. Tan perfecta fue su intervención, tan maravilloso el rostro que le «compuso» a Faye, que mi abuelo se enamoró de ella perdidamente. Y tuvieron un hijo. Que tampoco fue ese pequeño engendro demoníaco y hediondo de que habla la leyenda, sino todo lo

contrario.

En este punto, Laura hizo un alto en su narración para proseguir, instantes después, diciendo:

—Richard Morgan, mi abuelo, casado y con familia, hombre con gran prestigio tanto social como en el terreno de las finanzas, no podía permitir que su ligereza trascendiese. Le arrebató el niño a Faye entregándolo a una familia que estaba de paso en Evanston, camino de Nueva York, dotándole de una importante cantidad en metálico. Luego... mi abuelo cometió otra monstruosidad: para evitar que Faye pregonase a los cuatro vientos todo lo sucedido, se puso de acuerdo con un médico muy vinculado a la familia y amigo personal de él quien, a instancias de Richard, administró a Faye unas drogas hasta conseguir perturbar sus facultades mentales.

»¡Horrible... es horrible tener que confesarlo! Pero ésa fue la realidad. Faye se volvió loca y fue a refugiarse en el caserón. Y entonces, como narra la leyenda, le dio por decir que tenía poderes para adivinar el porvenir. Louis Moreau, individuo cruel que por extrañas circunstancias había guillotinado a una tal Demelza Dunaway acusándola de brujería, acudió a que Faye le dijera su futuro, para burlarse y demostrar a la gente que aquello eran estupideces. Por una de esas fatídicas casualidades de la vida, por una de esas ironías que el destino prodiga con cierta frecuencia, Faye acertó. El hijo de Moreau murió accidentalmente y Louis hizo con ella lo que antes hiciera con Demelza. Supongo... que mi abuelo debió suspirar tranquilo. Y también se ocupó de que personas a su servicio propagasen la leyenda porque así convenía a sus propósitos en evitación, claro está, de que nadie, jamás, pudiese descubrir la realidad.

Tras las explicaciones de Laura, intervino el policía:

—Como ya habrá comprendido por la inscripción grabada en el ataúd que antes ha leído, el viejo que estaba anoche en compañía de Russel y que usted no había visto nunca era Louis Moreau.

—Sí... —musitó. Y ajena por unos instantes, como desconcertada, dijo en un susurro—: Aún no comprendo cómo pude hacerlo. No lo entiendo, no.

—Usted misma lo ha apuntado antes, Laura —repuso Kris—, estaba en estado de hipnosis. Es más..., fue hipnotizada antes de subir al caserón.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó ella.

—Muy sencillo. Porque no se consigue ningún estado de hipnosis ligera, media o profunda, con el simple hecho... de protestar unos ojos fosforescentes desde la oscuridad. Esos ojos rojos que usted describe no hicieron más que alimentar su estado y confundirla. Pero la situación de trance se había producido antes.

—¿Cómo? ¿De qué forma? ¿Quién? —se preguntó y preguntó, confusa, Laura Morgan.

—Difícil saberlo ahora —repuso el policía. Añadiendo—: Mi departamento ha iniciado ya las correspondientes investigaciones acerca de! doble asesinato. De momento y mientras pueda mantendré en silencio cuanto

usted me ha explicado..., tanto en lo que hace referencia a su intervención en los hechos luctuosos de la casucha como al secreto de los Morgan.

—¿No me va a detener?

—No..., por el momento. Excuso decirle que no debe moverse de la ciudad. Y procure, cuando esté más tranquila, hurgar en su memoria, en su consciencia, para encontrar respuesta a ese... ¿cómo?, ¿de qué forma?, ¿quién?, con respecto al estado hipnótico en que fue sumida. Por lo demás, es necesario que siga usted haciendo vida normal, que observe lo que ocurre a su alrededor y me informe de cualquier cosa que le parezca extraña por insignificante que sea. Ni que decir tiene que nadie, absolutamente nadie, debe saber todo cuanto acaba de narrarme sobre su presencia anoche en el caserón. Ni tan siquiera a sus allegados, incluidos sus padres. ¿Me ha comprendido?

—Sí, teniente Douglas.

—Puede llamarme Kris si lo desea.

Entonces intervino la preciosa morena de ojos verdes que se había mantenido en absoluto silencio hasta entonces, diciéndole a Laura:

—Espérame en el vestíbulo, querida.

La otra se puso en pie. Tendiendo la diestra al policía, dijo:

—Gracias por escucharme y creerme, Kris.

Salió de la estancia.

—Lamento mucho lo de Russel —habló Douglas.

Ella fue el encuentro del teniente que ya salía de la mesa, se refugió entre sus brazos, recostó la cabeza contra el fornido tórax y, suspirando anonadada, con lágrimas brotando de sus relucientes pupilas, susurró:

—Estoy deshecha. Era un cabezota gruñón, sí..., pero una gran persona y un fantástico profesional. ¡Es horrible, Kris, horrible!

—Procura tranquilizarte. Ahora, sí. Ahora estamos trabajando en el asunto, Shirley. Llegaremos al fin y descubriremos la verdad, puedes estar segura de ello. Me preocupa Laura Morgan porque, pese a todo, no sé exactamente si en una determinada circunstancia, caso de tener que... detenerla, valdría la explicación de su estado hipnótico.

Ella deshizo el abrazo.

—¿Qué quieres decir, Kris?

—Muy sencillo: un jurado difícilmente daría credibilidad a su relato. ¿Quién puede testificar que ella fue allá arriba previamente hipnotizada? Esas supuestas brujas no se prestarán a declarar, Moreau y Selander están muertos..., ¿quién entonces podría corroborar la narración de Laura? Nadie.
—Como nadie puede probar que ella estuvo allí.

—Lo ha confesado hace unos minutos, ¿no?

—¡Kris...! —estalló Shirley, llorosas aún sus pupilas, pero clavándolas en el teniente con abierta censura—. ¿Serías capaz...? Somos amigas desde la infancia y puedo asegurarte que Laura es una chica extraordinaria...

—Nadie ha dicho lo contrario, Shirley. De suponer que no es así y si yo

fuese un policía práctico y cómodo, la hubiese detenido ya, puesto que ha confesado haber hecho funcionar la guillotina y... —se frotó las manos en gesto significativo— ¡tranquilo! Asunto solucionado. Pero creo en esa chica y sobre todo en ti, lo cual me obliga a arriesgarme. Hay cosas en todo este asunto que están muy confusas y complicadas. Nos enfrentamos a una situación extraña, desconcertante e inverosímil. En el fondo, todo lo ocurrido, parcialmente, porque el secreto familiar revelado por Laura da visos de verosimilitud al caso..., en el fondo, decía, los hechos nacen en un nido de absurdas brujerías. Aunque guillotinar a Selander y Moreau no es ninguna brujería. Habrá que encontrar, y pronto, explicaciones concretas y viables.

—¿Qué piensas hacer, Kris?

—Dentro de unos minutos me voy a Chicago.

—¿Por...?

—Secreto de sumario. En ningún momento se me olvida que eres periodista.

—¿Supones que yo sería capaz de publicar...?

—No supongo nada.

Y besó sus labios frutales con largueza, silenciosamente.

CAPITULO V

De Joe H. Bryan se contaban muchas cosas, cientos de cosas. Y ni una sola de buena. Chantaje, drogas, juego, prostitución, trata de blancas, negras y amarillas, y porque no las había de coloradas. Pero eran muchos quienes acudían a él en busca de informes. Empezando por la «bofia», que a cambio de confidencias —muchos lo llamaban chivatazos—, lo toleraba e ignoraba. Aunque se decía que Bryan tenía muy buenos agarraderos y que ni la policía tenía suficientes bemoles para destruir su imperio; ni para intentarlo tan siquiera.

La vorágine industrial de sus productivas, delictivas e inmorales actividades tenía por pantalla un sucio tugurio ubicado en Cícero —barrio de Chicago propicio a golfos, delincuentes, prostitutas, «macarras» y demás fauna del hampa heteróclita—, con visos de bar y club nocturno, donde se jugaba, «fumaba» y podía uno acostarse cómodamente con muñecas de buen ver y mejor tocar, todo ello condicionado, claro, al saldo en efectivo de que se dispusiera.

Kris y Bryan se conocían de antiguo.

Por eso nadie le puso trabas al teniente de la Brigada de Homicidios cuando cruzó la sala con largas zancadas en dirección al pasillo donde se ubicaba el despacho de Bryan.

Abrió la puerta sin molestarse en llamar.

—¡Hola, J. H! ¿Qué tal los negocios, buitre?

Alzó la rapada cabeza al tiempo que encogía su nariz de ave de rapiña y se olvidaba de la calculadora que estaba haciendo funcionar cuando entrara el otro.

—Caca de la vaca, «poli». Perdiendo rentabilidad cada día. ¿Y tú? ¿Cómo te has perdido por aquí? ¿No estás destinado en un pueblucho..., cómo se llama...?

—Evanston.

—Ya. Escupe.

Los detalles, con J. H., estaban por demás. Preguntas concretas y respuestas concisas.

—Un doble y extraño ataúd. ¿Quién ha podido fabricarlo?

—Yo no, palabra. Hay muchas funerarias en esta puñetera ciudad, ¿sabes?

—Sé. Para este viaje no me hacían falta alforjas.

—Un doble y extraño ataúd... —repitió, como en un rezo, Joe H. Bryan, pasándose la palma de la diestra por la reluciente «azotea». Anunció—: Más de uno, si la pasta compensa, se prestaría a complacer tan absurda petición. Dejan do a un lado la gente que se toma en serio sus trabajos funerarios y seleccionando entre ¡os otros, los chapuceros, los malos bichos, los que van de cara al billete..., me quedaría con Mortimer Everett. Un auténtico cerdo. Disfruta con lo de los muertos. Michigan Avenue. 910.

—O.K., buitre. Algún día te pagaré en especies..., porque sigues siendo tan marica como siempre, ¿no?

Para cuando J. H. fue a contestar, Kris ya estaba lejos.

En efecto, Mortimer Everett era un auténtico cerdo. Con camisa, pantalón, tirantes y muy negro y fúnebre, pero un cerdo.

—Imagino su dolor, caballero —dijo al ver entrar a Douglas—. Permítame que le ofrezca el testimonio de mi más sentido...

—No se me ha muerto nadie.

—¡Ah...! ¿No? Entonces... ¿a qué debo el honor de su visita?

Le mostró la credencial.

—¡Vaya...! Así que es usted policía, ¿eh?

—¡Qué va, hombre, qué va! La placa me tocó en una tómbola benéfica. Yo soy muy caritativo, ¿sabe? Y dígame... —cambió su tono humorístico por una inflexión acre y casi ominosa—, ¿por encargo de quién construyó usted un ataúd doble?

El cerdo, porque los cerdos también se sorprenden, mostró un rictus de extrañeza.

—¡Qué...! ¿Ha dicho un ataúd doble?

—Si quiere se lo repito. Pero dispongo de poco tiempo y necesito respuestas rápidas. De lo contrario mandaré investigar en sus libros de contabilidad, cuentas bancarias y todo cuanto sea necesario hasta que pueda meterle mano por algún lado' y amargarle la sopa una temporada. Inclusive cabe la posibilidad de una acusación por cómplice de asesinato..., porque el doble ataúd ha servido para dar albergue a dos cuerpos asesinados. ¿Va entendiendo? Haga memoria, Everett. Un doble ataúd no es cosa que la gente encargue a diario. ¿Quién y cuándo?

Mortimer se había encogido como un gusano. Extraño proceso de metamorfosis el que un cerdo se convirtiese en gusano. Pero también el doctor Jekill se convertía en Mr. Hyde.

—Fue ayer... —anunció con voz débil y temblorosa—. Vino un tipo de avanzada edad..., más cerca de los setenta que de los setenta y cinco, y me hizo ese encargo en plan de urgencia. Dijo que necesitaba un doble ataúd antes de cuatro horas. Le contesté que eso era imposible, pero él me enseñó un fajo de billetes..., por lo menos había un total de dos mil quinientos. Entonces tuve una idea...

—Claro. La «tela marinera» estimula el ingenio de tipos como usted. Siga, ¿qué idea?

—Le dije que de dos ya construidos, tenía varios disponibles, descomponiendo los laterales de cada uno de ellos y uniéndolos se podía conseguir el doble. Me preguntó entonces cuánto tiempo me llevaría realizar el trabajo y le respondí que unas tres horas máximo..., aunque tenía que barnizar la compostura y eso tardaría unas cinco en secarse. No le dio importancia al detalle y me respondió que dentro de tres horas pasaría a recogerlo con una furgoneta.

—¿Le cobró los dos y medio?

—¡Natural! Dos mil quinientos no se ganan todos los días, ¿sabe?

—Sé. ¿Le extendería un recibo a su nombre, no?

—Pues no. Dijo que no lo necesitaba.

—Mortimer...

—¡Le juro que le estoy diciendo la, verdad! —exclamó, cada vez más encogido. Disparando de súbito, con sus ojillos de puerco brillantes de satisfacción—: Pero puedo darle una pista que posiblemente le servirá.

—¿Cuál...?

—El número de matrícula de su auto.

—¿Por qué razón se fijó en él?

—Verá..., soy muy supersticioso, ¿sabe? Cuando un vehículo se estaciona frente por frente a mi establecimiento y máxime en batería como lo hizo ese individuo la primera vez que vino..., la segunda regresó conduciendo una furgoneta; como le decía..., me fijo en la matrícula, sumo el total de los números y luego compro un billete de lotería que arroje la misma suma.

—¿Le toca con frecuencia?

—Nunca hasta hoy.

—¡Qué perseverante! Venga esa matrícula.

Se la dio y Kris la anotó en un block de bolsillo.

—Me ha sido útil, funerario —y salió rápidamente del establecimiento dirigiéndose a la Jefatura Central de Tráfico de Chicago.

Todo fueron facilidades. En diez minutos tenía el nombre del propietario del vehículo: Daniel Boujold. Y su dirección: Flabusth Avenue 1110.

Se personó en el lugar.

Instantes después tenía frente a sí a un hombre viejo, más de lo que su edad requería, que muchos años atrás estuvo perdidamente enamorado de Demelza Dunaway.

Ante la avasalladora seguridad del teniente y las pruebas irreversibles de que éste disponía respecto a la compra por su parte de un doble ataúd en el establecimiento funerario de Mortimer Everett. Daniel Boujold se vino abajo fácilmente admitiendo su participación en los hechos y explicando el porqué y por encargo de quién se había prestado a la compra de! singular ataúd y su posterior traslado a Evanston.

Confesó también se presencia en el caserón cuando Laura Morgan, en trance de hipnosis, accionó el botón de la guillotina que había segado las cabezas de Louis Moreau y Russell Selander.

* * *

Kris Douglas regresó a Evanston entrada la tarde.

Sólo se hablaba de lo sucedido la noche anterior en la casucha siniestra que se alzaba frente al cementerio. La leyenda y los nombres de Faye Barton y Demelza Dunaway..., la frase pronunciada por la primera antes de ser

guillotinada; «... todo el pueblo se ahogará de terror al conjuro de nuestras nombres. ¡Recordadlo! ¡La guillotina se volverá contra vosotros!», unido a las muertes de Selander y Moreau cuyos cuerpos habían sido hallados en el interior de tan extraño y espectral ataúd..., todo aquello, revuelto y aderezado con el sensacionalismo con que los periódicos locales trataban el tema —el Herald Evanston lo hacía en términos más comedidos—, había sembrado un pánico genuino en el lugar, incluso entre los escépticos y entre quienes se, burlaban de leyendas brujeriles.

Un hálito de terror flotaba en el ambiente.

Muchos aseguraban que a las primeras sombras de la noche cerrarían las puertas de sus casas a cal y canto.

Charles Novak seguía invitando a su casa a aquellos que quisieran escuchar los gritos diabólicos y ver a las brujas volando montadas sobre una guillotina.

Reinaban el miedo y la confusión en Evanston, sí...

CAPITULO VI

Una de las vecinas que estaban haciendo compañía a la viuda, al contemplar la credencial de Douglas, dijo en tono de censura:

—¿No la han molestado ya bastante por hoy?

—No tengo por capricho molestar a los ciudadanos, señora. Pero sí necesidad de cumplir con mi obligación. Es imprescindible que hable de nuevo con ella.

Angie Dunaway estaba en la alcoba de matrimonio. Vestida de negro rigurosamente. Pero serena, imperturbable. Como una estatua funeraria. No había rastro de llanto en sus ojos. Tampoco aparentaba los setenta años de calendario que llevaba encima... o los llevaba muy bien escondidos.

Había varias plañideras a su alrededor.

—Les ruego a todas ustedes que salgan de la estancia —anunció Kris sin demasiadas contemplaciones—. Debo hablar a solas con la viuda Moreau.

Obedecieron.

Ella le miró de manera impersonal. Con expresión de aburrimiento reflejada en sus facciones. Fría. Inaccesible. Sin el más leve parpadeo. Douglas hizo ademán de mostrarle la placa y ella le contuvo:

—No es necesario. Imagino que es usted policía. Le repetiré la historia que ya he narrado varias veces a sus colegas. Ayer...

—No —la cortó con sequedad el teniente de Homicidios. Disparando con rapidez y matiz significativo, buscando el desconcierto y la sorpresa—: Usted me contará por qué... se puso en contacto con Daniel Boujold, en Chicago, encargándole perentoriamente que obtuviese un doble ataúd, al precio que fuera, y lo trasladase a la casucha del cementerio antes de la medianoche de ayer.

Kris lo había conseguido. Angie Dunaway acusó visiblemente el impacto. Sus pestañas cobraron movilidad a través de un nervioso parpadeo y las facciones severas y frías adquirieron una notoria lividez cadavérica.

De todas formas, tratando de recomponer su perdida frialdad, dijo con voz carente de emoción:

—No sé de qué me habla.

—¿De veras...? Pues bien, como usted no lo sabe y yo sí sé que no tengo tiempo que perder, me permitirá que invite a pasar a un antiguo conocido suyo.

Del bolsillo de la chaqueta extrajo un transmisor receptor de! tamaño de una pitillera. Acercó sus labios a la minúscula rejilla del micro y dijo:

—Agente Halloway.... puede entrar con el detenido.

Instantes después el policía uniformado hacía acto de presencia acompañando a Daniel Boujold.

—La cosa está clara, señora Dunaway —anunció Douglas. Sentenciando —: Si se reitera en su negativa me veré en la obligación de detenerla bajo la

acusación de instigadora y cómplice de un doble asesinato. No olvide que una de las víctimas era su esposo. ¿Se decide?

Angie miraba fijamente a Boujold. Con rabia difícilmente contenida, con desprecio.

—¡Alcahueta! —le escupió—. Te has desmoronado a las primeras de cambio. Yo, que era su hermana y me vi obligada a casarme con él después de que la guillotina, le odié toda la vida. Y tú..., tú que tanto dijiste amar a Demelza..., ¡cobarde asqueroso!

—No se trata de cobardías ni valentías, señora Dunaway —intervino Kris —. Ni tampoco de una novela de terror en la que aceptar brujas, crímenes, guillotinas y secuencias diabólicas. Tenemos dos hombres asesinados y hay que aclarar las circunstancias. Usted estuvo ayer en el caserón cubierta con negros ropajes participando en una venganza... ¿Por qué? ¿Quién la indujo a tomar parte en tan cruenta escenificación? Porque ambos sabemos perfectamente que la idea no partió de usted. Le ruego que se explique, no tiene opción. El testimonio de Daniel Boujold, si no colabora con la policía, puede llevarla a la silla eléctrica. ¿Lo comprende bien?

—Lo comprendo y no me importa —repuso con sequedad. Añadiendo—: Aunque quisiera, no puedo colaborar. Así... que si quiere sentarse en la silla eléctrica, puede hacerlo ahora mismo.

—¿Por qué no puede colaborar?

—Porque desconozco la identidad de la persona que planeó la venganza contra mi marido y accidentalmente contra el periodista... Nada iba con él, pero se empeñó en subir al caserón en busca de más sensacionalismos y hubo de correr la misma suerte que Louis. Recibí instrucciones por teléfono y las cumplí porque ya le he dicho que me pasé la vida odiando a Louis Moreau. Me dijeron dónde podía localizar a Boujold y lo que tenía que encargarle y eso hice. Fui invitada a subir al caserón para participar... en tan cruenta escenificación, como usted ha dicho, y acepté porque por nada del mundo quería perderme el acto de justicia que se iba a ejecutar en la persona del asesino de mi hermana Demelza. Eso es todo.

—¿Qué puede decirme de esos gritos que se oyen salir del caserón y de esa guillotina que vuela con dos mujeres encima?

—Nada..., porque no sé nada.

—Tendrá que acompañarme a jefatura para que le sea tomada declaración y la firme. ¡Ah...!, pese a que me doy cuenta de que la vida le importa un rábano y la silla eléctrica no la impresiona, si sabe algo acerca de que se puedan producir nuevas víctimas inocentes y le queda algo en su conciencia y humanidad en sus sentimientos..., dígalo. Aunque vivir le tenga sin cuidado, la sentencia será más benévola si evita nuevos crímenes. ¿Tiene algo que añadir, señora Dunaway? Se encogió de hombros con expresión aburrida.

—He sido invitada a asistir esta noche a otra de esas escenificaciones que usted califica de cruentas y son simples actos de justicia contra quienes, años ha, si fueron cruentos y canallescos..., contra quienes jugaron con los

sentimientos y la vida de personas inocentes e indefensas que nada podían hacer contra el poder y la opresión de los que desde lo alto imponían su capricho y sus injusticias. Aquellos que jugaron con la muerte con la mayor impunidad, justo es que mueran.

—Sea más concreta.

—Como todo me da igual y quien yo deseaba que pagase ya ha pagado, le diré que los próximos son los hermanos Morgan. Una maldición pesa sobre ellos, un terrible secreto que desconozco pesa sobre sus conciencias. Es todo cuanto sé y puedo decirle. No me pregunte nada más porque no obtendrá respuesta.

—Bien. Como le he dicho antes, tendrá que acompañarme.

CAPITULO VII

Laura Morgan se presentó espontáneamente en jefatura, ya entrada la noche, invadiendo de una manera literal el despacho de Kris Douglas, .con nerviosos ademanes y expresión agitada.

—¡Caramba! —Exclamó al verla el teniente de la Brigada de Homicidios —. Usted y yo tenemos transmisión de pensamiento. Iba a telefonearla ahora mismo.. ¿Algo nuevo?

—Me ha dicho esta mañana que le mantuviese informado de cualquier cosa extraña...

—Tome asiento y cálmese —la invitó y recomendó Kris.

Laura ocupó la silla que había frente a Douglas. Anunció, sin esperar a ser preguntada:

—Mi padre ha convocado esta tarde, con toda urgencia, una reunión familiar... de la que hemos sido excluidas yo y mis primas Glenda y Sandra. Por cierto, he intentado hablar con ellas y me ha sido imposible localizarlas. No tengo idea de dónde puedan estar.

—Hábleme de ese concilio familiar.

—Se ha celebrado en la biblioteca de mi casa. Además de mi padre y mis tíos George, Alan y mi tía Vera... ha asistido el apoderado del National Bank Evanston, mano derecha y hombre de confianza de mis tíos los banqueros, Dennis Harvey, a quien se considera como un miembro más de la saga de los Morgan.

—Por lo que intuyo y deduzco hasta ahora, usted se las ha ingeniado para escuchar lo que se hablaba en la reunión, ¿cierto?

—Si... —admitió—. He tenido como un extraño presentimiento. Más que eso, la certeza de que esa reunión urgente que convocaba mi padre tenía que ver con la leyenda..., con el secreto de los Morgan, resucitado por los hechos de anoche en el caserón.

—¿Confirmado el presentimiento?

—Sí —cabeceó afirmativa. Ampliando—: Y las cosas han ido mucho más lejos de lo que yo había imaginado en un principio. Mi padre, de buenas a primeras y sin demasiadas contemplaciones, ha leído una misiva que ha dicho haber recibido poco antes de mediodía. No recuerdo textualmente los términos, pero se decía que la hora de la venganza había llegado, que los Morgan iban a pagar la canallada cometida por Richard, mi abuelo, en la persona de Faye Barton. En la nota se conmina a mi padre, si es que quiere evitar víctimas inocentes..., posiblemente se refiera a mí y a mis primas, para que suba al caserón esta noche después de las doce.

—¿Cómo han reaccionado los demás?

—Tío George y tío Alan han exhibido idénticas... invitaciones. Mi padre les ha recriminado el que hubiesen mantenido silencio y ellos han dicho que no querían alarmar a la familia..., pero que ya que él había convocado la

reunión y mostrado la carta... Entones ha intervenido tía Vera enseñando una carta igual, agregando que si ella había mantenido silencio al respecto era por la sencilla razón de que no podía admitir esa sarta de estupideces, que Faye Barton estaba muerta, que los muertos no resucitaban y que, fuera de la familia, nadie sabía lo sucedido entre Richard y Faye. Que había tomado la resolución de no decir nada a nadie y subir al caserón esta noche, con un par de latas de gasolina, para pegarle fuego y acabar con la absurda leyenda.

Aprovechando la pausa de la chica, inquirió el teniente:

—Y el tal Harvey, ¿ha dicho algo?

—Sí. Que lo más sensato era avisar a la policía y mostrarle esas misivas que firmaba «Madame Guillotin». A esa sugerencia, es obvio, se han negado en redondo mi padre y mis tíos. Tía Vera se ha puesto hecha una furia contra Dennis diciéndole que como él no se apellidaba Morgan le traía sin cuidado que tuviera que airearse lo sucedido entre su padre y Faye Barton.

—¿Cuál ha sido la decisión final?

—Se han apuntado varias soluciones, han discutido acaloradamente entre ellos y al final, tras una especie de largo debate, han tomado el acuerdo de subir esta noche al caserón siguiendo las instrucciones recibidas en las misivas. Mi tía Vera ha quedado excluida y al principio, como una fiera, enfrentándose a sus hermanos y gritando que ella también era una Morgan, les ha amenazado con acudir a la policía, contradiciendo su explosión anterior contra Dennis Harvey cuando éste había hablado de informar a las autoridades, si no la dejaban ir con ellos. Mi tío George, que es el más diplomático de la familia, ha conseguido convencerla. Ellos tres irán armados con pistolas. Todos tienen licencia de armas. Y Dennis Harvey montará guardia en las cercanías de la casucha provisto de una escopeta de cañones recortados —hizo una fugaz pausa, tomó aliento y terminó—: Eso es todo, Kris.

—Que es mucho —le sonrió el policía cariñosamente. Añadiendo—: Su colaboración ha sido inestimable, Laura. Y estoy seguro de que con su visita ha contribuido a salvar la vida de sus familiares... No obstante, yo, hoy, he llevado a cabo un sinfín de averiguaciones que me han servido para aclarar los hechos y casi reconstruir este enigmático y siniestro rompecabezas. Faltan, de todas formas, detalles importantes que siguen siendo un enigma para mí..., detalles que espero que salgan a la luz esta noche, allá en la casucha, y podamos descubrir la identidad del misterioso personaje que se ha encargado de desenterrar la leyenda y poner en marcha una carrera de crímenes, que por fortuna abortaremos, amparándose en las palabras que Faye pronunció antes de ser guillotinada para sembrar el pánico y llevar a cabo esa cruenta venganza que, tengo la completa seguridad, nada tiene que ver con los motivos de esa leyenda que nació en el hecho verídico de las relaciones entre su abuelo y Faye Barton. Sí, espero que esta noche conozcamos la verdadera identidad de «Madame Guillotin».

Laura Morgan, que tras haberse calmado mientras narraba lo sucedido en

la reunión celebrada entre su padre y tíos, parecía haber vuelto ahora al nerviosismo inicial que había evidenciado al entrar en el despacho de Douglas, preguntó con un matiz en el que vibraba el temblor:

—¿De veras..., de veras que no habrá ningún... —dejó en el aire la palabra muerto— nuevo suceso luctuoso esta noche, Kris?

—Garantizarlo es imposible, Laura. Pero tomaremos todas las precauciones necesarias para evitarlo, se lo aseguro. Cálmese...

Alcanzó el auricular de uno de los teléfonos que tenía sobre la mesa marcando el número de la redacción del Herald Evanston.

—Póngame con la señorita Rogers —ordenó, más que dijo, cuando le respondieron.

Pronto escuchó la cantarina voz de Shirley, interrogando:

—¿Qué sucede, Kris?

—Deja lo que estés haciendo y ven de inmediato a jefatura.

—¡Pero...! ¡Kris! ¿Qué ocurre?

—Nada, pequeña, nada —la tranquilizó—. Sin nervios, ¿eh? Laura Morgan está aquí. Se trata simplemente de eso.

Diez minutos después la preciosa periodista de ojos color esmeralda hacía acto de presencia en el despacho del teniente Douglas.

Este anunció:

—Quiero que a partir de ahora estéis juntas hasta mañana. No creo que los familiares de Laura —las miró a una y otra alternativamente— pongan reparos a que tú la invites a cenar y a que luego se quede en tu casa. Es cosa normal entre dos amigas que lo son desde la infancia, ¿no? Además, como los Morgan tienen cosas muy importantes en que ocuparse esta noche...

—¡Kris! —Estalló Shirley—. ¿Quieres decirme de una vez lo que está sucediendo?

—Laura te lo explicará con detalle. Y excuso decirte que debes guardar absoluto silencio... hasta que el caso esté solucionado.

Minutos después, Laura y Shirley abandonaban la jefatura.

CAPITULO VIII

Habían dejado el auto muy cerca del caserón y proseguido a pie el resto del trayecto.

Como dos autómatas.

Ambas se detuvieron en seco a causa... ¡de los gritos horrísonos que se proferían en el interior de la casucha, coincidiendo con la última campanada de medianoche!

—¿Has oído? —inquirió Glenda Morgan.

—Sí... —repuso su prima Sandra.

Y entonces... las dos sintieron que unas manos extrañas de esqueléticos dedos las empujaban violentamente hacia la puerta del caserón.

Estaba abierta. Daba la sensación de que la habían abierto desde dentro.

Oscuridad.

Avanzaron lentamente.

De súbito, unos pasos que no eran los de ellas resonaron con eco tétrico. Y...

—¡Aaaaaaaah! —aullaron al unísono.

Y era que surgiendo de las tinieblas una mesa rectangular se había interpuesto en su ciego avance, haciéndolas gritar el inesperado contacto con la madera.

Una mesa, sí.

Y tres hombres sentados frente a ella. Tres hombres que eran... ¡Lawrence, Alan y Georges Morgan! Sus tíos y padres respectivamente. Pudieron verlos con cierta nitidez gracias a la luz que había brillado en un rincón de la alucinante y lúgubre estancia. Y vieron también, al fondo, reverberando entre las fugaces y siniestras esquirlas luminosas..., la sombría imagen de una guillotina.

Permanecieron unos instantes tan quietas, inmóviles y rígidas, como ellos mismos. Igual que estaban los hombres. En una especie de extraño estado de éxtasis.

Y quietas estuvieron... hasta que en un ángulo de la estancia vieron brillar dos pares de ojos incandescentes. Después, iniciaron un lento avance, mientras los hombres permanecían inamovibles.

Iban a hablarles cuando una voz, procedente de una de las figuras envueltas en espeso manto de tinieblas que se había adelantado, exhibiendo aquellos ojos de brillo tan rojizo como demoníaco, habló:

—No os esforcéis, porque no os van a oír. Sólo están esperando... que accionéis la cuchilla de esta guillotina que los va a ejecutar. ¡La venganza va a cumplirse!

Se quedaron tiesas e inmóviles, rígidas, absorbidas en la vorágine de oscuridad que la tenue y tímida luz apenas convertía en penumbra.

—Están esperando que vosotras lo ejecutéis —insistió la voz demoníaca.

Su voz...

Sus ojos incandescentes...

¡Era el Diablo! ¡Era Satán!

—Estamos dispuestos a obedecer... —musitaron con una inflexión que no parecía ser la suya propia.

—Ahora... ahora lo haréis.

De pronto, súbitamente, potentes hacer de luz procedentes de varias linternas bañaron la estancia con brillante y cegadora claridad, al tiempo que la voz seca, restallante como un pistoletazo de Kris Douglas anunciaba:

—¡Ellas no van a hacer nada! ¡Aquí no se va a ejecutar a nadie! ¡El caserón está rodeado por la policía! Angie Dunaway... ¡fuera esa capucha!

Uno de los bultos negros se deshizo de su funeraria impedimenta, al tiempo que la voz que surgía del otro, bramaba:

—¡Maldita zorra repugnante! ¡Me has traicionado! ¡Perra de prostíbulo..., has echado a perder mi venganza! ¡Maldita seas mil veces! ¡Te voy a matar!

—Usted no hará eso porque 1a tengo encañonada..., Vera Morgan. Y su compinche de maquiavelismos, Dennis Harvey, el hijo... de Richard Morgan y Faye Barton, el hermano bastardo de la familia, está afuera convenientemente esposado. Su venganza, su cruel y despiadada venganza contra su propia familia, no va a culminarse. Entréguese. Entréguese, Vera Morgan, todo ha terminado.

—¡No me entregaré, policía repugnante!

Y al tiempo que aullaba la exclamación, brotó como por ensalmo del interior de su fúnebre indumentaria una metralleta ligera, cuyo cañón, presto a escupir plomo y entonar su mortífera salmodia, enfiló el pecho de Kris Douglas.

Fue total y absolutamente inútil. El teniente voló literalmente por los aires evidenciando su felina elasticidad al tiempo que accionaba el gatillo de su automática.

—¡Aag...! ¡Me muero...!

Vera Morgan se tambaleó durante unos segundos, vacilando sobre la puntera de sus pies, hasta que se desplomó definitivamente de bruces con dos únicos proyectiles en el cuerpo. Uno en el entrecejo, otro en la garganta.

El monstruoso y siniestramente estructurado proyecto de Vera no había tenido el final que ella programara. Con su muerte, terminaba todo. O casi todo...

* * *

La confesión de Dennis Harvey aclaró el «casi todo» que faltaba, dejando el caso resuelto.

—¿Cómo supiste que se trataba de Vera Morgan? —preguntó Shirley al teniente Douglas.

—Corazonada..., intuición si quieres. Pero basada en el hecho concreto de

que el testamento de Richard Morgan, a cuya copia tuve acceso ayer tarde gracias a los buenos servicios del notario John Houseman, la marginaba totalmente. Una simple pensión para vivir sin estrecheces, mientras que sus hermanos pasaban a ser dueños de la inmensa fortuna amasada por el viejo. Richard, patriarca y machista hasta la médula, había excluido a su única hija en sus últimas voluntades, dejándole lo que para ella se convertía en humillación y limosna. En aquel mismo momento debió jurar su venganza. Una venganza contra su propia familia que había de consistir en hacer de una parte de los Morgan cadáveres, y de la otra, sus sobrinas, las ejecutoras. Y de esa forma, muertos unos y encarceladas ellas, todo pasaba a poder de Vera. Se valió de la leyenda y de lo que en ésta había de verdad, del secreto que nos confesó Laura. Se preocupó de buscar a Dennis Harvey, el bastardo de la familia, poniéndole al corriente de su nacimiento y de la crueldad cometida con su madre, al mismo tiempo que le garantizaba que la venganza de ambos sería perfecta. Le fue fácil introducir a Dennis en la entidad bancaria junto a George y Alan... ¿No iban a admitirlo recomendándolo su propia hermana? Harvey se supo ganar hábilmente la confianza de ambos llegándose a convertir en su hombre de confianza y mano derecha.

«Juntos fueron madurando el proyecto. Vera, que como bibliotecaria tenía acceso a obras sobre hipnotismo y la forma de estimular los poderes magnéticos que la mayoría de las personas poseemos sin saberlo, lo consiguió en Dennis a base de unos tratados de neurohipnotismo y sicoanálisis, y éste los ejercitó en Laura, Glenda y Sandra para hacerlas ir hasta el caserón. Las hipnotizaba en sus propios domicilios sirviéndose de su técnica y unos espejos, aprovechando el fácil acceso que tenía a ellas.

—¿Y Russel, Louis y los hermanos Morgan?

—Fueron hipnotizados arriba, en el caserón, por la propia Vera. A Moreau lo ejecutó para justificar las últimas palabras de Faye Barton antes de morir, resucitando así la leyenda de aquélla y de Demelza Dunaway, para que nadie la pudiera asociar a ella ni a los verdaderos propósitos que pretendía. Le fue fácil obtener la colaboración de Angie y a través de ésta la de Daniel Boujold; ambos habían deseado toda su vida cobrarse la muerte de Demelza en la persona de Louis Moreau, y Vera les ofrecía la oportunidad de conseguirlo. El resto y ¡os detalles aleatorios ya los tienes en la confesión de Harvey. Tanto él como Boujold y Angie serán juzgados y condenados. Las pruebas y sus propias confesiones les sentencian.

—¿Y la guillotina voladora? ¿Qué me dices de eso? —Shirley seguía preguntando y escribiendo las respuestas en un bloc de pautado taquigráfico.

—Elemental, mi querida periodista. Un ingenioso juguete construido por Harvey con material adquirido en la propia industria de Lawrence Morgan y convenientemente montado. No era perfecto pero a distancia daba la imagen exacta de una guillotina. Las dos mujeres no eran más que pequeños maniquíes. El maquiavélico ingenio, al igual que un aparato de aeromodelismo y que los juguetes modernos, como coches, motos, aviones,

etc., era dirigido a distancia por un control electrónico. Dennis Harvey se encargaba de ello y Vera de poner en marcha la cinta magnetofónica donde estaban grabados los gritos y alaridos demoníacos que escuchaban el viejo Novak y sus vecinos, aumentada su potencia y vibración por medio de un sistema de amplificadores estereofónicos instalado en el caserón —hizo un alto y concluyó, diciendo—:

Eso es todo, señorita directora del Herald Evanston. Le concedo la exclusiva.

—Y la de tu persona, ¿cuándo me la concedes?

—Desde este mismo instante, brujita.

El bloc se fue a hacer gárgaras. Y ellos se fueron a hacer... ¿No se lo imaginan?

Al terminar de hacer eso que imaginan, Kris musitó:

—Eres una brujita deliciosa...

FIN